Ivica Djikić

LA REPETICIÓN

Traducción de Maja Drnda y Christian Martí

Una gélida noche de febrero, la editora Dijana Lovrić emprende un viaje desde la capital de Croacia, Zagreb, hasta el monasterio de Rama-Šćit,
en Bosnia-Herzegovina. Allí la esperan con una misteriosa petición los frailes que han trabajado dos años con ella en una monografía sobre el monasterio.

Sin embargo, la nieve bloquea las carreteras y obliga a Dijana a detenerse y pasar la noche en Duvno, lugar de nacimiento de su novio Marko Kelava, donde la acoge su familia política. En casa de los Kelava la ausencia del padre de Marko, desaparecido en Alemania tras participar en la guerra de los Balcanes, se hace notar, aunque rara vez se pronuncia su nombre. Tampoco se habla de la reciente pedrada a una ventana de la casa, ni de la tarea que un desconocido encomienda a la hermana de Marko para que vaya a depositar once rosas blancas en un prado apartado.

El clamor de tantos silencios evidencia que las heridas del conflicto bélico aún no se han cerrado en esta pequeña ciudad donde los muertos no habitan solo en los cementerios.

Ivica Djikić

La repetición

Una historia de amor

ePub r1.0
Titivillus 27.07.2023

Título original: *Ponavljanje*
Ivica Djikić, 2014
Traducción: Maja Drnda & Christian Martí
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Ivan Lovrenović y Tarik Samarah

Apenas se vislumbraba ya algo por la nieve: dentro de poco todo quedará detenido, cubierto por la blancura y la oscuridad rebajada. Dijana apagó el motor y apoyó la cabeza en el volante. Permaneció inmóvil, los dedos de su mano derecha palparon el botón de la radio y cortaron abruptamente la voz grave del locutor, que se intercalaba entre zumbidos, chisporroteos, pitidos, ruidos y estruendos varios. Después ya no se oyó nada, salvo las ocasionales ráfagas de aire que jugueteaban con los copos de nieve formando remolinos en el aire. Dio un respingo al oír un leve golpeteo en la ventanilla. Alzó la mirada y a través del velo de nieve que se había formado en el cristal atisbó a un hombre cuya larga barba negra resplandecía como un árbol de Navidad colgado del revés. Vaciló unos instantes antes de darse cuenta de que debía bajar la ventanilla.

—¿Tienes un pitillo? —le preguntó.

El viento se tragó las palabras del desconocido.

—¿Tienes un pitillo? —repitió en voz más alta.

Se le acercó demasiado al rostro. Un fuerte olor a alcohol barato le invadió las narinas. Sintió ganas de alcohol. Y de verano. Buscó la cajetilla de cigarrillos en el asiento del copiloto y se la ofreció por la ventanilla.

—Coja dos…

La obedeció. Asintió con la cabeza, le devolvió la cajetilla, se subió la solapa de su gastado abrigo salpicado de nieve y se fue. Dijana cerró rápidamente la ventanilla, encendió un cigarrillo y se hundió en el asiento. Sacó el móvil del bolsillo. Pasó las yemas de los dedos por encima del aparato, cuyos pitidos se fundían a ratos con el silbido del viento. Dos rayas parpadeantes indicaban que la señal era pobre y variable. Marcó el número de Marko y mantuvo la mirada fija en la pantalla del teléfono. Esperó a ver la señal de establecimiento de línea. Siempre hacía lo mismo: no tenía la paciencia de mantenerlo en la oreja y mirar al vacío.

—Hola —dijo al oír al otro lado una voz masculina—. Está nevando, no puedo seguir —dijo a continuación y prosiguió entre las pausas que le dejaba el habla profusa y nerviosa de Marko—. Adivina dónde… Sí, en Duvno. Como en una película barata, joder… Sí, si lo hubiéramos planeado no lo habríamos conseguido… ¡Es increíble!… No hay manera de seguir ni un centímetro más, no sé ni cómo he llegado hasta aquí… Tengo que dejar el coche… Vale… De verdad que puedo irme a un hotel… Estoy en el aparcamiento frente al hotel… Vale, estaré dentro del coche, vale… De acuerdo, tú llama, pero de verdad que puedo ir al hotel… De acuerdo, me espero…

Encendió un cigarrillo. Bajó la ventanilla. Dos copos de nieve perdidos se fundieron en su pequeña, estrecha y algo respingona nariz. Exhaló un chorro de humo hacia la incipiente noche nevada y volvió a cerrar la ventanilla. Las capas de nieve enterraron su plan inicial, pero Dijana no se puso demasiado nerviosa por ello. Algo sí, porque durante el viaje le había entrado el miedo a lo desconocido y a la indefensión. Sin embargo, a Marko cualquier alteración de la rutina, de lo esperado o planeado, siempre le producía la misma reacción: el sudor empezaba a empapar su camiseta interior, las palmas de las manos se le humedecían, los labios se le hinchaban de la rabia contenida. Y se hundía en un silencio impenetrable, como una lápida. Ella por el contrario no le daba más vueltas y proseguía su camino como si nada hubiera ocurrido. Incluso cuando los acontecimientos, como era el caso esa noche, habían tomado la dirección más inesperada. Antes de que anocheciera debía llegar al monasterio de Šćit y ahora se encontraba en la casa de Marko, donde nunca antes había estado, donde no conocía a nadie. Ya hacía un tiempo que se había dado cuenta de que Marko la mantenía alejada de sus familiares más cercanos. Por su parte, él esperaba que ella hiciera lo mismo. O, por lo menos, casi lo mismo. En este caso no podía complacerle del todo, simplemente porque no quería ser la causa de ninguna crisis que se pudiera evitar con un mínimo de esfuerzo y voluntad.

Sonó el móvil. En la pantalla verdosa leyó «Marko». Le dijo que en unos minutos iría a buscarla su hermana Anka. Que dejara el coche donde estaba, allí en el aparcamiento —tampoco podía hacer otra cosa— y que Anka la llevaría a casa. Allí entraría en calor,

cenaría y pasaría la noche. Seguía sin poder creer lo que había ocurrido, que de todos los sitios por los que había pasado durante el viaje Dijana se hubiera visto obligada a detenerse justo frente a su casa. Pero así era y no había vuelta de hoja. Tal vez así tiene que ser con todo lo que uno aplaza, con todo para lo que nunca estaremos preparados.

—De verdad que puedo ir al hotel… —repetía—, puedo ir al hotel… Vale, todo bien… La espero… Te llamo luego… Todo irá bien…

Guardó en su bolso tintineante todo lo que durante ese largo viaje había colocado encima del asiento del copiloto: los cigarrillos y el encendedor, un bolígrafo, un grueso bloc de notas negro, la cartera, el espejo de bolso y un gorro de lana. Metió también el móvil, que fue a parar entre dos paquetes de compresas que había comprado en una gasolinera de las afueras de Zadar. Se volvió para alcanzar el abrigo negro de corte severo, casi militar. Hacía ya unas cuantas primaveras que, cuando guardaba la ropa de invierno en los armarios y sacaba los vestidos y las faldas con vuelo, se prometía comprarse un abrigo nuevo, más bonito y caliente, limpio y cómodo, pero las primeras heladas siempre la pillaban desprevenida y a su gastado abrigo se le iba alargando la vida como a un colaborador externo. El bolso emitió un sonido. Colocó el abrigo en el regazo y cogió el móvil que vibraba. Marko.

—Oye, otra cosa… Prepárate porque te van a dar la lata, son así. Son buena gente, pero son así…

—No te preocupes, ya me espabilaré…

—Llámame luego, quiero oír tus primeras impresiones…

—Sí, no te preocupes… Te llamaré. Gracias.

Marko guardó el teléfono en el bolsillo delantero del pantalón; en el izquierdo, pues en el derecho llevaba la cajetilla de tabaco y el encendedor. Todos sus tejanos mostraban el tejido rasgado en el lado derecho, ya que con el tiempo los cortantes bordes de las cajetillas lo habían perforado y habían seguido ensanchando el corte. Siempre llevaba una cajetilla en ese lado y otra de repuesto en cualquier parte. El miedo a quedarse sin tabaco había dejado de ser un miedo para convertirse en costumbre, uno de esos puntos alrededor de los cuales gira y se arremolina la vida real. Dio tres caladas cortas, un copo de nieve se perdió en su barba poblada,

lanzó la colilla a la alcantarilla y regresó al trabajo. Su camiseta estaba empapada en los sobacos y el frío la mantenía pegada a su piel.

En la cocina del restaurante Bukovac reinaba el ajetreo habitual de un viernes por la noche. De las veintiséis mesas, diecinueve estaban reservadas. Mientras Marko se reincorporaba a su trabajo, siete hombres vestidos de blanco cortaban la carne, removían el risotto, degustaban la salsa, limpiaban el pescado, picaban la cebolla, el tomate y la albahaca. El puesto de Marko estaba en la barbacoa principal, donde sobre tres filas de ladrillos reposaban parrillas de metro y medio de largo y la mitad de ancho. La barbacoa se encontraba dentro de un horno de obra en una esquina de la luminosa y plateada cocina. Debajo de las parrillas había leños nudosos de abedulillo, además de ramas de agracejo y haya. Los leños para prender el fuego se recogían con cuidado y se almacenaban en el garaje: no se podían utilizar alegremente, pues no era fácil dar con un proveedor bueno y honrado. Desde que, hace cinco meses, Marko pisó el Bukovac por primera vez y le dieron el empleo, su puesto no había cambiado ni una pizca: ayudante del encargado de la barbacoa y chef Žarko, apodado Žare. Žarko Marušić era un hombre muy presente en los medios. Además, los diarios de la capital elogiaban su restaurante cada vez más. Antes había sido cocinero en barcos y en algunos restaurantes de Italia. Durante un año trabajó en un restaurante de Siena con una estrella Michelin. En lo que concernía a Marušić, Marko se podía pasar toda la vida haciendo lo mismo: acarrear la leña desde el garaje, colocar cuidadosamente las ramas una encima de la otra bajo las parrillas siguiendo las reglas establecidas por el señor Žarko, avivar el fuego con un ritmo establecido de forma precisa, cuidar de cada pieza de carne o pescado que el chef Žarko colocaba con dedicación en la brillante parrilla… Y así cada día decenas de veces. Ni avanzaba ni retrocedía. Sin embargo, Marko tenía la capacidad de teorizar sobre la cocina durante horas. En los últimos años había leído muchos libros y entrevistas con cocineros famosos. Eso le relajaba y hasta cierto punto le interesaba. Incluso en ocasiones el chef le escuchaba con interés y condescendencia durante un tiempo. Aunque en realidad no había progresado demasiado, le faltaban concentración, habilidad con las manos y

unas cuantas cosas más.

Así que diecinueve de las veintiséis mesas. Esto quería decir que el restaurante estaría a rebosar, porque aquellas siete mesas restantes las ocuparían en un momento los clientes no asiduos y hambrientos, con la idea de que iban a encontrar sitio y, si no lo encontraban, simplemente se irían a otra parte. Al dueño Žarko no le gustaban este tipo de comensales. Sus apariciones en la televisión le habían hinchado el ego. Se trataba de esa semilla inevitable, que a la vista de todos creció y se convirtió en un árbol más firme que la columna vertebral: quería que los clientes vinieran por él y por su comida. No sabía qué hacer con la gente a la que le resultaba indiferente. A Marko también le clasificaba entre ellos. No es que pensara que a Marko le daba completamente igual; era un buen trabajador, lo hubiera empleado incluso si un par de distinguidos clientes no lo hubieran recomendado discretamente, algo incómodos al hacerlo, pero podía desempeñar cualquier otro oficio de la misma forma correcta y aplicada. No valía la pena esforzarse con este tipo de gente. No tenía ninguna vocación. En realidad, la cocina era una protesta, una pequeña rebeldía particular de Marko, cuyo último fin era causar la consternación y la sorpresa entre la gente que lo conocía de su reciente pero anterior vida. Reprimía la incomodidad y la vergüenza. Evitaba a sus antiguos compañeros de trabajo, dejó de ir a los lugares donde estos comentaban los fracasos editoriales, leían sus propios textos y aplazaban el regreso a unas casas inexistentes, junto a unos hombres y mujeres inexistentes. No quería su compasión ni falta de sinceridad, ni tampoco, incitado por el alcohol, entregarse a una autocompasión vanidosa, al mundo cerrado de sus pequeñas obsesiones, adoptar la piel de la víctima de un mundo malicioso y estúpido. Cruzaba la calle o se quedaba mirando un escaparate si se daba cuenta a tiempo de que se le acercaba algún conocido. Ya no sabía hablar con ellos, se transformaba en otro, la lengua se separaba de él, no reconocía sus propias palabras. Y, por supuesto, sudaba.

—¿Le has explicado bien a tu hermana dónde estoy? —le preguntó Dijana nada más contestar su llamada.

—Sí, donde los almacenes. ¿Todavía no ha llegado?

—Aquí no hay ni un alma. Como si todo hubiera muerto.

—No te preocupes, llegará. Tiene que abrirse paso… Enciende

uno y ya vendrá.

—De acuerdo.

—Seguro que sí, estate tranquila.

—Dime si hay algo que debo saber sobre tu familia que no me hayas contado, no sea que meta la pata…

—No hay nada, no sé… Te aconsejo que hables y escuches cuanto menos mejor. Te lo pido por favor. Son así, joder. Ya lo verás.

—¿Tal vez algo sobre tu viejo, algo que no debería mencionar?

—No… De todas formas no hablarán sobre ello, no te preocupes. Aguanta una noche, ya que ha salido así.

—Todo saldrá bien, no te preocupes.

Si eso le hubiera ocurrido a él, si la nieve lo hubiera aprisionado junto a la casa de los padres de ella, a los que nunca había visto antes (aunque en realidad sí que los había visto un par de veces), al igual que Dijana no había visto nunca a los suyos, ahora el sudor le estaría bajando por los muslos, habría enmudecido de cólera, fumaría un cigarrillo tras otro, moviendo los labios apretados como una muestra gráfica de la palpitación de su rabia contenida. Cada célula de su cuerpo se hincharía a punto de explotar ante la embestida de lo inesperado. Por un tiempo se quedaría paralizado. Luego desfilarían los pensamientos, se formularían las frases de amargura, que se liberarían aplazadas a un día equivocado, por ejemplo, un atardecer de domingo lluvioso, cuando de repente el hecho le provocara confusión y desbaratara sus planes y expectativas. El detonante se dejaba ver en los detalles: un retraso de veinte minutos, una cuenta sin pagar, una llamada sin contestar, una obligación descuidada o unos celos sin fundamento. Cuanto más insignificante era el motivo más gruesas eran las capas de negrura y desesperación que impregnaban la irrupción aplazada del silencio. Más tarde regresaba. La velocidad del retorno dependía de los estímulos exteriores, pero este siempre duraba lo suficiente como para que Dijana lograra imaginar sus días sin Marko.

Había dejado de nevar, aunque las ráfagas irregulares de viento aún llevaban los relucientes copos de nieve hasta las lunas de su coche. Podría haber ocurrido algo peor. ¡Mucho peor! La nieve y el viento la podrían haber obligado a detenerse unos kilómetros antes o después de esta ciudad, por ejemplo, allí donde la carretera corta

el campo delimitado por las montañas salvajes, o podría haberse empotrado entre las grandes rocas y los tenebrosos bosques de hoja perenne, desde los cuales brillan los ojos lupinos. Desde la frontera entre Croacia y Bosnia-Herzegovina hasta la ciudad de Duvno, en esa treintena de kilómetros en la que de forma casi imperceptible Dalmacia se convertía en Bosnia, Herzegovina, Herzegovina y Bosnia, Bosnia y Herzegovina, existían muchos puntos en los que el mundo se le podría convertir en una eterna blancura. Y desde Duvno hasta Šćit de Rama más aún. Solo gracias a ese inexplicable azar se vio obligada a detenerse a unos doscientos metros de la casa de la madre de Marko. Por un momento la asustó la suerte que hasta ese momento la acompañaba a escondidas.

De nuevo oyó dos leves golpeteos en la ventanilla. Un par de ojos azul verdosos la observaban con calma bajo un gorro de lana y un flequillo negro en los que se fundían rápidamente los pequeños copos de nieve. Ese color le resultaba familiar, la tonalidad exacta de ese color, aunque ahora no disponía de tiempo para rastrear en la escasa paleta de colores la fuente del azul verde que el grueso marco blanco y negro convertían en irreal, como de cuento. Agarró el bolso del asiento y al tercer intento logró abrir la puerta sellada. La esperaba una mano tendida.

—Anka… —dijo y rápidamente escondió la mano en el bolsillo de su largo y pesado abrigo.

—Dijana —sonrió—. Disculpa, tengo que coger mi bolsa del maletero…

Entre ambas, de altura y constitución parecidas, llevaron la bolsa. Pisaban la nieve sin limpiar en la que se reconocían las huellas recientes de Anka. Los pies de Dijana se empaparon al instante, la nieve se deshacía en sus calcetines. La bolsa pesaba mucho y con frecuencia rozaba los montones de nieve más altos, como un hidroavión que recoge agua en el mar y forma un surco poco profundo. El portátil, los cargadores, las últimas galeradas sin encuadernar ni guillotinar de la muy lujosa monografía

Rama-Šćit,

de más de quinientas páginas, algo de ropa y mudas, un pijama, dos libros para coger el sueño, el neceser, analgésicos y pastillas contra el ardor de estómago. Además, el bolso negro de piel no paraba de deslizarse del hombro de Dijana: cada vez que volvía a colocarlo en

su sitio la pesada bolsa se inclinaba hacia un lado y se hundía en la nieve. Anka la miraba tierna y brevemente cuando eso ocurría.

—Vaya día he escogido para viajar —resopló Dijana.

—Ya llegamos —respondió Anka—. Suerte que te ha pillado aquí…

—¿Cuándo limpiarán la nieve? En la carretera no he visto ni un solo quitanieves.

—No creo que hagan nada antes del amanecer…

La casa de dos plantas de los Kelava estaba rodeada y cubierta de blancura, difuminada como en un cuento ilustrado. Anka y Dijana se sacudieron la nieve de las botas y los abrigos en el estrecho pasillo. El ruido de las suelas sobre las baldosas provocó movimiento tras la puerta de madera, cuya parte central la ocupaba un rectángulo de vidrio amarillento y rugoso. La primera puerta a la izquierda se abrió y enmarcó el retrato de la madre de Marko. Un rostro ancho y relleno, ojeras grises, ojos y pelo oscuros, la nariz prominente. El calor que manaba de la sala de estar desheló los labios de Dijana.

—Soy Dijana —se presentó y le tendió la mano.

—Lo sé, Dijana… Yo soy Ruža, la madre de Marko —contestó ella.

Ignoró la mano tendida, que Dijana retiró avergonzada ante el abrazo y el beso en la mejilla helada. Anka colgó el abrigo, se quitó las botas y, a continuación, con el gorro en la mano, subió las escaleras, mientras ellas dos se miraban sin decir palabra.

—¡Nuera, o entras o sales, por Dios! —gritó una voz ronca desde el fondo del pasillo.

Ruža dio un paso y cerró la puerta.

—El abuelo está un poco acatarrado. Tiene tos. Es el padre del padre de Marko. Los míos ya no viven. Ya lo sabes, por supuesto… Cuelga el abrigo allí… —le dijo a Dijana y sacó unas zapatillas del zapatero—. Deja la bolsa aquí, después la subimos.

—¿El abuelo se llama Mijo?

—Mijo. Y la abuela Luca. Es la hermana del abuelo. Seguro que Marko te habló de ella…

—Sí, pero soy mala para los nombres. Es la edad —sonrió—. Tendría que ir al baño.

—Aquí, a la derecha… Aunque mejor sería que primero entraras

en calor. En el baño hace frío. Venga, es mejor así, si es que puedes esperar.

Un viejo con una gorra azul oscuro calada estaba sentado en el sillón a la derecha del televisor. Entre los dientes apretaba firmemente una pipa pesada, lo que le provocaba una mueca de entre ira, alegría y tranquilidad. Se despegó del sillón un par de centímetros para alcanzar las puntas de los dedos de Dijana y enseguida regresó a su posición. Una abuela diminuta, cubierta con un pañuelo negro, fue casi corriendo al encuentro de Dijana.

—Luca —dijo y le tendió la mano temerosamente.

Alrededor de su palma izquierda tintineaban las cuentas de un rosario. Cuando Dijana le tendió la mano la vieja inclinó la cabeza rápidamente y estampó los labios en el dorso de su mano. Ella instintivamente dio un respingo, como quemada por el beso. La vieja regresó despacio a su silla en el comedor, que conectaba con la sala de estar: bajó la mirada hacia sus pies y empezó a hacer cuentas con el rosario. Dijana se sentó.

—¿Te apetece un té o un café? ¿O no querrás algo más fuerte? —preguntó Ruža para distender el ambiente.

—¿Puedo fumar? —preguntó a su vez Dijana. Su mano ya se encontraba en el bolso palpando la cajetilla y el encendedor.

Ruža asintió con la cabeza y colocó un cenicero delante de ella.

—No hagas caso de lo que dicen del tabaco… Yo fumo desde hace ya casi setenta años. ¿Y qué? —exclamó el abuelo Mijo.

Les concedió un instante para ver si le entendían, mientras trataba sin éxito de extraer algo de humo de su pipa.

—¡Y no me pasa nada! Si no hubiera fumado quién sabe con qué me hubiera tentado el diablo.

—Pero hombre, el tabaco no es para las mujeres… —balbuceó Luca, y prosiguió con su letanía como si no hubiera dicho nada—: el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros…

—Quizá tendría que ir primero al baño —dijo Dijana poniéndose de pie. Depositó los cigarrillos y el encendedor junto al cenicero y se colocó el bolso al hombro.

—¿Sabes dónde está? —le preguntó Mijo atento, mientras Dijana abandonaba la habitación—. No tardes mucho, cogerás frío.

—Te traeré unos calcetines. Voy arriba a buscar unos de Anka —

dijo Ruža.

Dijana limpió primero con papel la tapa del inodoro y a continuación se sentó sobre el plástico helado. Colocó entre sus piernas el test de embarazo y se concentró en orinar cuidadosamente en el artefacto, que tenía un aspecto benigno y muy poco serio. Era la tercera vez en su vida que lo hacía y no se le daba muy bien. Y nunca se le daría, porque los nervios y el miedo hacían que su cuerpo temblara como una gelatina, como si estuviera enchufada a una fuente de corriente de baja frecuencia. Las gotas de orina lo salpicaban todo, su pulgar e índice, la parte interna de sus muslos; los hilos calientes se le pegaban a la piel antes de alcanzar sus redondas pantorrillas. Todo estaba húmedo. Las yemas mojadas y arrugadas de sus dedos eran su primera asociación con el embarazo.

—Dijana, cariño, ¿estás bien? —se oyó la voz de la madre de Marko.

—Todo bien, no se preocupe…

—Te dejo los calcetines frente a la puerta…

—Gracias.

Todavía sentada en la taza helada que le quemaba las nalgas enrojecidas, se quitó las botas y los calcetines: tenía los dedos de los pies pálidos e hinchados como cadáveres salidos de la morgue. La piel tersa de su trasero se le pegaba al plástico de la taza. Colocó el bolso en su regazo, sacó el móvil y llamó a Marko. Este le contestó y le dijo que la llamaría en tres minutos, el tiempo que necesitaba para salir fuera. Ella se levantó y arregló, abrió la puerta y agarró los gruesos calcetines grises del suelo.

—No estoy embarazada —le dijo a modo de saludo en cuanto le devolvió la llamada. Se estaba poniendo los calcetines.

—¿Qué?

—Que no estoy embarazada.

—…

—Acabo de hacerme la prueba en tu baño.

—Perdona por lo de anoche…

—¿Te sientes aliviado?

—Por favor, no digas eso… Perdona. Me gustaría que me entendieras…

—A veces eres desconsiderado. Y mucho.

—Estás temblando…

—Entonces te vuelves muy frío. Me castigas. Solo a mí.

—Perdona, es mi culpa… Te vas a congelar ahí, los dientes te castañetean.

—Me da miedo cuando te vuelves cruel. Cuando de repente callas siento como si me rodearan alambres de espino. Todo en mí se bloquea esperando que vuelvas…

—Lo sé… Perdona. Es así, no lo puedo evitar. Ahora sal de ahí, por favor. Ve a calentarte. Hablamos luego.

—Vale, hablamos luego…

—Oye, ¿todo bien con ellos? ¿Qué te han parecido?

—Todo bien, por supuesto… No te preocupes.

—¿Qué tal con Anka?

—Bien, la he visto solo un par de minutos.

—De acuerdo, adiós, hablamos…

La noche anterior le había comentado que se le retrasaba la regla. Pensaba que estaba embarazada. Quizás. Él se desheló al momento. Durante horas, por alguna razón, había sido como un bloque de hielo, así que ella tuvo que hacer algo, en caso contrario se hubiera callado sus sospechas un par de días más. La inquietud le hizo salir por un momento de su caparazón, durante un par de respiraciones, y luego a la velocidad de una guillotina se cerraron todos los porticones, todas las cortinas. La mirada perdida, un cigarrillo tras otro, la ausencia que estaba a punto de convertirse también en ausencia física. Daba la impresión de que de su boca nunca más saldría una palabra. Una hora más tarde Dijana se acostó. Él lo hizo pasada una hora. Se pegó con el vientre y la pelvis a su espalda y trasero. Ella le dijo que le dolía su comportamiento, que nunca olvidaría la expresión de su cara, pasara lo que pasara, le dijo que intentara recordar de dónde surgía toda esa catástrofe, cuál de sus reacciones de esa mañana era la señal que indicaba un abismo sin retorno; si quieres, le dijo, te puedo citar exactamente la palabra y el silencio entre dos palabras en que tu rostro se nubló, si tan solo me pudieras decir qué encerraba esa palabra, qué habías interpretado al oírla. Le dio la espalda. Se quedó contemplando la oscuridad. Luego se durmió. Su cuerpo permaneció inmóvil durante toda la noche, cual monumento descartado. Se despertó agarrotado, como aquella lejana noche en el último año de bachillerato, cuando

abrió los ojos entre las cruces del cementerio de Kočerina, a medio camino entre Duvno y el monte donde se apareció la virgen de Medjugorje. Los frailes de Kočerina no les permitieron dormir en la iglesia tras una caminata de cincuenta kilómetros, de manera que, quemados por el sol de junio y sudados, durmieron sobre la hierba entre las tumbas. No sabían qué era la noche, qué era la tierra.

—Oye, periodista, ¿estás de cachondeo? ¡El fuego se está apagando y el fuego es lo más importante, periodista! —le espetó el chef Žare.

Estaba avivando el fuego, haciendo el trabajo de Marko.

—He ido a fumar. Y, por favor, no me llame así.

—¿Cómo? ¡¿Periodista?! Pero si eres periodista. Todos te llaman así. Y ya te dije que no me trataras de usted.

—He sido periodista, ahora ya no lo soy.

—¿Y ahora qué eres?

—Ahora trabajo en la cocina.

—Es una descripción bastante precisa.

—No he dicho que sea cocinero, por supuesto, si es lo que pensaba que iba a decir… Si es lo que pensabas…

—Me sirve de consuelo. Ahora a trabajar.

Žarko llevaba horas preparando el risotto de Skradin: se trataba de un encargo de una veintena de sibaritas recomendados por un cliente habitual y dadivoso a los que se les había antojado precisamente el risotto de Skradin. A Žarko ni se le pasó por la cabeza rechazarlos, no eran unos cualquiera y le habían dejado demasiado dinero durante esos años, aunque no lo aceptó con alegría, porque preparar un risotto de Skradin requiere tiempo y dedicación. A Žarko ya no le sobraba ni lo uno ni lo otro. Cocinaba cada día en el Bukovac, cada dos días grababa un programa de televisión de media hora (la grabación suponía por lo menos tres horas de trabajo); además, rodaba anuncios y participaba en festivales gastronómicos, impartía clases en una academia de cocina privada muy cara, escribía artículos para dos revistas de gastronomía y, por si fuera poco, buscaba y visitaba a los proveedores, regateaba y discutía y luego pasaba horas comiendo y bebiendo con ellos, porque había comprendido que esa era la base del negocio, que la técnica y la imaginación no podían disimular todas y cada una de las carencias del sabor original. Intentaba estar

presente también en la vida de sus tres hijas, que vivían con Jasmina, su exmujer. Con todo eso el risotto de Skradin era un lujo que lindaba la extravagancia.

Mientras avivaba las ascuas a Marko le invadió de repente un sentimiento de ternura. Deseó estar tumbado frente al televisor con la cabeza de Dijana sobre su hombro, fuera hacía frío y llovía, medio dormidos veían una vieja película francesa, la temperatura era agradable, su respiración le hacía cosquillas en el cuello, a ella le picaba su barba espesa. Le relajaban esas imágenes de cotidianidad y aburrimiento.

Ahora ella estaba en su casa, en contacto con el microcosmos que él mantenía lejos del mundo en el que se movía, lejos de la gente con la que convivía y trabajaba. No tenía ningún secreto grande y pesado que esconder, no se avergonzaba de nada que tuviera que ver con esa parte de sí mismo, aunque en varias situaciones había callado de forma inexplicable sobre su origen humilde y su lugar de nacimiento, así como sobre su padre desaparecido. Tampoco estaba especialmente orgulloso de nada, sino que consideraba de poca educación dar cuenta de algo tan íntimo, delicado y complicado en esa mezcla que nadie podía entender de forma correcta y que solo originaría confusiones y malentendidos, como si no tuviera suficiente con la falta de comprensión de la gente que le rodeaba, que tendía a clasificarlo todo de manera urgente, meterlo en cajones, hecho al que Marko no se resistía, pues sabía que no había nada más inútil. Solo necesitaba que no ocurriera nada, que no hubiera noticias.

Esa misma mañana, todavía frío y muy de pasada, le dijo que si disponía de tiempo tal vez podía pasar por casa de su madre, que le cogía de camino hacia Šćit, y de Duvno a Šćit había unos cuarenta kilómetros; mientras le decía eso, la posibilidad de que realmente ocurriese le pareció tan irreal que la propuesta de parar en Duvno sonó incluso convincente. Ahora la idea de que a Dijana le hubieran dado cobijo en la casa nevada de su madre y de su abuelo le hizo sentir feliz y, por un momento, más seguro.

Marko sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje: «No me esperes esta noche. Estoy liado en el trabajo. Un abrazo». El móvil vibró y se iluminó antes de que pudiera devolverlo al bolsillo. Martina: «No importa. Te esperaré. Te necesito». Suspiró

profundamente. «Mejor lo dejamos para mañana, ya estoy cansado y acabamos de empezar…». Sostenía el móvil en la mano, pero la respuesta no llegaba. Lo guardó en el bolsillo, aunque lo volvió a sacar al cabo de dos minutos y escribió: «¿Te has molestado?». La respuesta llegó al cabo de diez minutos, justo mientras Marko colocaba, una por una, cinco enormes gambas sobre la parrilla caliente. Žarko había dado instrucciones muy precisas: un minuto y medio de un lado, un minuto y medio del otro, tener en cuenta el orden en que se colocan y se retiran y llevarlas enseguida en una bandeja a la mesa de trabajo del chef. Alguno de los asistentes lo relevaría en la monótona tarea de remover el risotto, mientras Žare preparaba los pequeños entrantes de bienvenida con la jugosa carne de las gambas, aceite de oliva de Istria, queso cremoso de Pag, una tira de jamón tostado y una loncha fina de trufa negra. Eso lo hacía solo los viernes por la noche, cuando sabía que el restaurante estaría a reventar. ¡Si ha de ser que sea! «No me he molestado. Dime algo en cuanto termines». Él tecleó: «Ok». Martina estaba perdiendo la paciencia con él. Era consciente de ello. Podía ganar algo de tiempo. Pero para qué. No disponía de todo el tiempo que necesitaba.

Ruža volvió a llamar a la puerta del baño. Dijana no contestó.

—Dijana, cariño, ¿estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí… No se preocupe, todo va bien.

—Ven, por favor, te vas a acatarrar. Desde aquí también puedes telefonear y estarás más calentita. Venga…

—Ahora voy, solo un minuto… Solo una llamada más. Me es más cómodo desde aquí.

—Cómo te va a ser más cómodo, si no puedes ni hablar del frío…

Dijana no dijo nada, solo se oía el teclado del móvil. Ruža regresó a la sala de estar con el ceño fruncido.

—Buenas tardes, soy Dijana Lovrić, de la editorial Prvi Dan de Zagreb… ¡Ah, eres tú, fray Ljubo! ¿Cómo estás?

El sacerdote al otro lado de la línea sonaba alicaído y preocupado. Casi en un susurro le dijo que desde esa mañana fray Ivo Džalta se encontraba mal; luego había notado cierta mejoría, y ahora dormía. Los médicos decían que no estaba bien. Se habían juntado muchas cosas.

—Estoy en Duvno —dijo Dijana—. Pasaré la noche aquí. No puedo seguir por culpa de la nieve. ¿Cuándo se despertará fray Ivo?

—Me dijo que le despertara en cuanto llegaras…

—Déjale dormir. Llámame cuando se despierte y me lo pasas. Perdona, tengo que cortar, te llamo desde el cuarto de baño muerta de frío. Llámame en cuanto se despierte fray Ivo.

Fray Ljubo Pavlović se quedó con el auricular en la mano durante unos segundos. Le sorprendió ese abrupto final de la conversación.

El joven fraile, de treinta y dos años, había llegado a Šćit hacía justamente tres años desde el monasterio de San Antonio en el barrio sarajevino de Bistrik. Cuando dos años antes el guardián fray Ignacije Kolakušić acordó por fin con Jakov Ćališ, dueño y gerente de Prvi Dan, la edición de una lujosa y pesada monografía dedicada al monasterio de
Rama-Šćit,
a fray Ljubo lo nombraron ayudante del anciano fray Ivo Džalta, el editor en jefe, un sacerdote de abundante pelo canoso y facciones suaves, para echarle una mano cuando hiciera falta responder a un correo electrónico, escanear un documento y enviarlo a Zagreb, mostrarle en la pantalla el diseño de la portada o simplemente escribir en el ordenador las densas cartas a los editores técnicos y ayudantes, que fray Ivo le dictaba sentado en la silla de madera de su celda del monasterio sin dejar de mirar los dibujos descoloridos de la gastada alfombra. Las cartas de fray Ivo iban dirigidas casi siempre a Dijana Lovrić. Pasado un tiempo, después de que ella echara por tierra el ardiente encantamiento y la seductora idea de la huida de fray Ljubo, empezó a enviarle una o dos veces al mes correos con sus propios y detallados pensamientos sobre la emergente y creciente monografía, sobre los fallos de algunos textos, sobre la vanidad y al mismo tiempo el analfabetismo de algunos autores respetados, le informaba con todo detalle sobre los dilemas de fray Ivo en relación con los textos que trataban de episodios delicados de la historia, como por ejemplo cuando los partisanos prendieron fuego a la iglesia, que en julio de 1942 se había convertido en una fortaleza ustacha [1], o la matanza a manos de los chetniks [2] de un millar de católicos y musulmanes en octubre de ese mismo año, o el comienzo de la guerra

croatomusulmana en octubre de 1992. Fray Ivo escogía cada palabra con cuidado para que nadie pudiera reprochar nada, para evitar los futuros chismorreos en los despachos de la gente importante. Fray Ljubo le escribía a Dijana ensayos enteros sobre las fotografías, por cuyo tamaño se implicó de forma discreta pero insistente; con admiración y ternura describía la precisión, el conocimiento y la concentración del nonagenario fray Ivo y, por otra parte, no encontraba rasgos amables en el carácter del guardián fray Ignacije, un hombre pragmático y formal, incapaz de entender y respetar verdaderamente el esfuerzo de fray Ivo durante medio siglo, que por fin estaba a punto de fructificar en un libro. El guardián respetaba a fray Ivo por su edad, y a fray Ljubo lo toleraba lo justo, porque quería cumplir con el contrato acordado con el conocido editor Jakov Ćališ, que cada año donaba una bonita cantidad de dinero al monasterio de Šćit. Fray Ignacije sabía que para ello dependía en buena medida de fray Ljubo. En muy pocas ocasiones Dijana respondía a las cartas de fray Ljubo, porque no quería darle motivos para nuevas misivas, que por cualquier mala interpretación podían tomar un rumbo íntimo e incómodo.

A medida que el trabajo con el libro se iba acercando a su fin, a fray Ljubo Pavlović el alma se le iba llenando, cual barco resquebrajado, de desesperanza y oscuridad. Llevaba días comiendo poco y durmiendo mal, estaba angustiado y todavía más retraído que de costumbre, se compró una cajetilla de cigarrillos tras un año sin fumar, se dejó crecer la barba, perdió todavía más peso, de forma que su hábito crujía, crepitaba y se le enrollaba entre las piernas mientras recorría alto y erguido los pasillos del monasterio. Se había abandonado y también había descuidado a los dos perros pastores, Zele y Milo, a los que llevaba comida y sacaba cada día a dar largos paseos por el bosque. Todos le preguntaban si le pasaba algo, también se lo había preguntado fray Ivo hacía tres noches, pero el joven y cansino sacerdote les daba a todos la misma respuesta: «Gracias a Dios todo está bien».

¿Qué será de su vida cuando el libro esté terminado y le abandone? ¿A qué se agarrará? ¿A la fe, al hábito? Cuando el libro deje de ser solo suyo no le quedará otra opción que abrirse y explicarse, contarlo todo de corrido y esperar a que su vida se precipite en el abismo. Tan solo estaba deseando que pasaran esos

momentos fatales, hasta ahora se habían dado demasiados, deseaba que las cosas, si tenía que ser así, cesaran poco a poco y sin excesivo dolor.

Al oír la puerta del baño, Ruža saltó de su silla junto a la puerta de la sala de estar y se apresuró hacia el pasillo. La mirada de Dijana era tranquila, aunque el resto de su cuerpo temblaba de frío.

—Por favor, si el abuelo pregunta algo, dile que a Marko le va bien con su trabajo, que sigue en el diario… No lo entendería —dijo Ruža haciendo caso omiso a los temblores de Dijana, que ahora ya parecían los temblores de un heroinómano—. Para decirte la verdad yo tampoco lo entiendo, cómo lo va a entender él —añadió.

—Ningún problema —respondió Dijana.

En la habitación todo seguía igual. El abuelo Mijo se esforzaba en ver la televisión con los ojos entrecerrados, apretando la pipa entre los dientes y tosiendo a intervalos regulares. Luca alzó la mirada del suelo solo para santificarse, pues había acabado de rezar el rosario y se disponía a empezar de nuevo. Desde la ventana de la sala de estar la ciudad se antojaba festiva e indiferente.

—Estoy preparando patatas al horno. También hay queso de Travnik muy bueno. ¿Te gustan las patatas con queso? —le preguntó Ruža a Dijana, que finalmente había podido encender un cigarrillo.

—Sí, claro que me gustan. Aunque la verdad es que no tengo mucha hambre…

—¿No estarás a régimen? Deberías engordar un poco en lugar de hacer régimen —añadió Ruža por encima del hombro, pues andaba trajinando en el fregadero.

Dijana no era de las que hacían régimen, nunca se le había ocurrido, aunque era consciente de que su rostro encajaría mejor en una constitución más delicada, esa cara huesuda y regular iría mejor con unos hombros más estrechos y redondos, unas caderas menos prominentes y unos muslos más delicados.

—No, no es eso. Simplemente no tengo hambre.

—Oye, nuera, sírvele una copita a esta chica, por Dios, para que entre en calor. ¿Nos tomamos una *rakija*? —le preguntó Mijo a Dijana mientras retiraba la pipa de su boca.

—De acuerdo —respondió ella sonriendo—. Y usted también podría acompañarnos —añadió dirigiéndose a Ruža.

—En mi vida he probado una gota —rechazó de forma tajante.

—¿Y la abuela? —insistió sonriente Dijana.

—Me tomaría una gota —respondió Luca interrumpiendo sus rezos.

—Gota a gota… —masculló el anciano.

Se oyó el gorgoteo del aguardiente que Ruža sirvió en unas copitas. Cada año, en vísperas de la Navidad, sus padrinos de Zadvarje, en Dalmacia, le llevaban al abuelo Mijo cincuenta litros de vino, la mitad de tinto y la otra de blanco, además de quince litros de aguardiente. Hacía tiempo que aquello había dejado de tener sentido y tampoco salía a cuenta, pero la tradición se mantenía, sería lo último que se abandonaría. Cada año, antes de Navidad, cuando se acercaba la llegada de los padrinos con las garrafas, Mijo permanecía a la espera de que alguien le reprochara este asunto de los vinateros dálmatas para empezar a despotricar: los dioses, las vírgenes, el sufrimiento, los marcos alemanes empapados de su sangre que ganó en la construcción en Baviera, su vida y su dinero que tenía derecho a gastarse como le viniera en gana. Sin embargo, nadie le cuestionaba nada. Cada mes de diciembre la rabia de Mijo permanecía encerrada en la oscuridad, donde iba creciendo sobre el moho de los justos.

—¿Dónde se ha metido Anka? —preguntó Dijana tras tomar los tres un sorbo de sus copitas.

—Arriba en su habitación —contestó Ruža.

—Ese trabajo suyo no es bueno, pero allá ella y allá su madre —dijo Mijo fingiendo interés en el inicio del telediario vespertino.

—Es un trabajo honrado. ¡Más que honrado! —dijo cortante Ruža.

—Vale, vale, ahora déjame escuchar las noticias —replicó el anciano haciendo un ademán con la mano pecosa.

—¿No le va bien en el trabajo? —intervino Dijana, mostrándose confusa.

—¡No es eso! —prosiguió Mijo sin volver el rostro mientras se esforzaba por oír lo que se había discutido ese día en el parlamento de la República de Croacia.

—Es un trabajo bueno y honrado. ¡Y le va bien! —Ruža no se rendía.

En el bolso de Dijana sonó el móvil.

—¿¡Quién llama a la hora del telediario, Dios mío!? —exclamó el viejo.

Dijana cogió el teléfono y salió al pasillo. Era su director, Jakov. Estaba preocupado. Que para nada prosiguiera el viaje hasta que las carreteras estuvieran limpias y seguras. Que no se preocupara por el trabajo y los gastos, que él se ocuparía de todo.

—Pasaré la noche en casa de la madre de Marko —le dijo.

—No tengas ninguna prisa, un día antes o después no cambiará nada. Llámame mañana cuando veas cómo está todo.

Dijana regresó a la mesa de la cocina, terminó su cigarrillo y bebió un poco más de aguardiente. El telediario abría durante unos inquietantes minutos con el escenario de guerras lejanas y accidentes de aviación.

—No veo yo que mañana puedas llegar a Rama, esta noche no podrán limpiar la carretera —dijo Mijo y volvió a reclinarse en su sillón.

—Podrá ir cuando se pueda. Šćit no se va a mover de su sitio. Esta es su casa —intervino Ruža, combativa, y se dirigió contenta hacia el horno para comprobar si las patatas ya estaban hechas. El suegro le lanzó una mirada y el ángulo izquierdo de su labio superior tembló.

En el bolso de Dijana volvió a sonar el móvil. Esta vez había llegado un mensaje. Fray Ljubo le escribía: «Fray Ivo se ha despertado, sor Benedikta está ahora con él. Le ha puesto un gota a gota. Si todo va bien creo que estará en condiciones de hablar en una media hora o tres cuartos. Te llamaré». Ella respondió: «Ok». Nada más dejar el móvil en el bolso llegó un nuevo mensaje de fray Ljubo: «Lee el correo electrónico». Suspiró sin darse cuenta del silencio que se había creado a su alrededor.

—¿Estás bien? —le preguntó Ruža.

—Todo bien… ¿Tienen internet?

—Sí, arriba, en la habitación de Anka…

—Luego tendré que mirar una cosa…

—¡Claro que sí! Ahora bajará Anka…

—Llámala, que venga de una vez —soltó Mijo—, tenemos una invitada y ella desaparece en su habitación. ¡¿Qué trabajo es ese que es tan importante, por favor?!

—No, no, déjela… —casi le rogó Dijana, aunque Ruža ya estaba

en el pasillo llamando a su hija.

—Ella también estuvo en Zagreb —le confió el viejo—, pero regresó. Ahora trabaja aquí. Yo creo que, sea como fuere, hubiera sido mejor que se hubiera quedado en Zagreb. Allí ejercía como jueza, y en la mierda de Duvno, ya ves…

En lugar de decir algo Dijana encendió otro cigarrillo. En una ocasión Marko le había respondido a un par de preguntas vagas sobre Anka. Terminó la carrera de Derecho en Zagreb, hizo una pasantía, aprobó el examen para ejercer como jueza y empezó a trabajar en un juzgado. Fue entonces cuando alguien le comentó que su novio —su amor desde la secundaria, con quien compartía piso en Zagreb desde el primer día, porque era lo que esperaban todos—, su Mladen, Mladjo, salía con otras chicas, que ni lo ocultaba, que le daba todo igual. Una tarde le preguntó si era verdad lo que se rumoreaba. No respondió. A la mañana siguiente recogió sus cosas y regresó a Duvno en el primer autobús. No le dijo nada a nadie, ni siquiera comunicó su baja en el juzgado. Simplemente desapareció de su propia vida. Hacía ya un año abrió un negocio: en una página de internet muy sencilla (floresyvelas.com) y por correo electrónico atendía pedidos de toda Europa, las dos Américas y Australia para llevar flores y velas a las tumbas de los lejanos cementerios de la zona coincidiendo con los aniversarios y la víspera de las misas de difuntos. No faltaba trabajo. Eso era todo lo que Dijana sabía. Demasiado poco para juzgar las decisiones de Anka.

—Zagreb es Zagreb y uno debe cuidar el trabajo —dijo el abuelo Mijo ignorando la ausencia de respuesta de Dijana—. ¿Tú naciste en Zagreb mismo?

—Sí.

—Es una ciudad bonita…

—…

—¿Cómo está mi Markan?

—Bien, trabajando como todos. Nadie lo tiene fácil.

—Hay que estar a bien con todos y no tener miedo de nada. Estar a bien con todos…

—No es fácil estar a bien con todos —dijo Dijana y enseguida se arrepintió.

—Ya lo sé, no dije que fuera fácil. Pero…

Anka entró en la habitación y la conversación se apagó. Se sentó a la mesa junto a la invitada.

—Dijana quiere mirar una cosa en internet en tu ordenador —le comentó Ruža a su hija.

—Luego, no es nada urgente. Un correo electrónico…

—Sí, claro, cuando quieras. ¿Quieres ahora mismo?

Anka hizo un gesto con los hombros como para ponerse de pie.

—¡Las patatas están a punto! —la detuvo su madre.

—Luego vamos —dijo Dijana.

Nevaba de nuevo. Los finos copos se transformaban rápidamente en una bandada infinita, y se posaban perezosos en las esquinas exteriores de las ventanas. La pequeña ciudad quedó como arropada. Cerró los párpados.

La llamada a la oración desde la mezquita de Džudža Džafer se dejó oír en la lejanía durante largo tiempo.

—¿Cuántos bosnios han regresado a la ciudad? —preguntó Dijana.

Dirigió la mirada hacia Ruža, que acababa de sacar la bandeja del horno. Ruža se detuvo con la bandeja en las manos, como si intentara recordar ese dato.

—Bueno, tal vez la mitad —se entrometió Anka inesperadamente.

Luca se acercó a la mesa junto con la silla en la que estaba sentada. Se santiguó y cogió media patata, pero soltó el tubérculo caliente y sus labios dibujaron una mueca de dolor.

—¿Y cuántos serbios? —prosiguió Dijana.

—Despacio, Luca, despacio —le reprochó Mijo a su hermana, que seguía mirando la patata como si con la mirada pudiera captar el momento en el que se pudiera comer.

Con mucha dificultad el abuelo se dispuso a levantarse del sillón para sentarse a la mesa.

—Virgen Santa, está hecha un fideo, pero come por cuatro —añadió el viejo y se dejó caer en la silla.

Dijana repitió la pregunta únicamente con el fin de interrumpir una situación incómoda.

—Nos estás interrogando como si fueras de la policía —alzó la voz Mijo, aunque al darse cuenta de ello adoptó un tono apaciguador—. Qué le vas a hacer, había guerra. Unos venían y

otros se iban. ¡¿Tú te crees que hemos corrido mejor suerte los que nos hemos quedado?! ¡¿O que han tenido mejor suerte ellos allá donde fueran a parar?! No, hija mía, ni ellos ni nosotros.

—¡Me lo creo! Solo preguntaba… —se defendió.

—No han regresado —le informó Anka.

Comieron en silencio. Ruža no dejaba de dirigirle miradas a Dijana. Buscaba la aprobación de su arte culinario. Dijana asintió con la cabeza repetidas veces de forma exagerada, como si disfrutara de un plato que hubiera preparado como mínimo Bocuse o Ducasse. Los otros comían indiferentes las patatas cubiertas de queso salado, que se deshacían en la boca. Los copos de nieve, perseguidos por las ocasionales ráfagas de viento, cubrían con creciente intensidad las aberturas de la casa. Cada silbido del viento hacía crepitar la estufa de leña. Dijana pensó que iba a quedar atrapada para siempre entre las carreteras nevadas y las montañas completamente blancas pero tenebrosas. Rápidamente ahuyentó ese pensamiento.

—Menos mal que cambiamos el cristal —dijo Mijo—. Si no llegamos a hacerlo ahora estaríamos cenando con los pies en la nieve, te lo digo yo.

Dijana preguntó qué había ocurrido con la ventana. Ruža elevó la mirada al cielo en señal de desaprobación, se puso seria de repente y se irguió en la silla: ese tema había que cortarlo de raíz. ¡Ni siquiera le había contado a Marko lo que había ocurrido hacía unos diez días, la noche del martes al miércoles! Había que olvidarlo, como si no hubiera pasado nada.

—Déjelo estar, abuelo. ¡Qué le importan a Dijana nuestras tonterías! En eso ya nos hemos puesto de acuerdo —dijo como quien no quiere que se discuta su decisión.

Dijana dio un respingo apenas perceptible, mientras el abuelo se levantó de la mesa y se dirigió de vuelta a su sillón. Mientras los otros seguían comiendo, él se acomodó y encendió la pipa. Ruža no le quitaba los ojos de encima. Sabía que el abuelo se iba a decidir en una fracción de segundo entre contenerse o llevarle la contraria, y consideraba muy importante que en ese momento captara su mirada severa. Cuando Mijo, sin mirarla, cogió aire para hablar se dio cuenta de que había calculado mal.

—¡Ni siquiera se lo conté a Marko! —dijo jugando su última

carta.

—Nos han roto el cristal con una piedra… —dijo Mijo dirigiéndose exclusivamente a Dijana. Se volvió para señalar con la mano la ventana en el otro extremo de la habitación—. Aquella ventana… Lanzaron un pedrusco en plena noche y la rompieron.

—¿Por qué? —preguntó Dijana.

Resignada, Ruža bajó la mirada hacia su plato.

—Porque empecé a trabajar también en los cementerios ortodoxos y musulmanes, por eso nos rompieron el cristal —dijo Anka tranquilamente.

Mijo estaba decepcionado porque su nieta se le había adelantado.

—Yo no estaría molesto si no le hubiera advertido que ello nos iba a costar un disgusto —se entrometió.

—No me puedo creer que esto siga ocurriendo aquí… —dijo Dijana.

En ese mismo instante su móvil sonó de nuevo. Era fray Ljubo, que llamaba antes de lo que había anunciado. Cogió el móvil y de nuevo salió al pasillo. Fray Ljubo le preguntó enseguida si había leído su mensaje. Le respondió que todavía no había podido conectarse. Él no contestó, así que Dijana entendió que su llamada estaba únicamente relacionada con ese mensaje. Le preguntó si le iba a pasar con fray Ivo; él le respondió confuso que la llamaría más tarde y colgó.

Hacía ya tiempo que la agobiaban las atenciones de fray Ljubo y sus señales inútiles que con tanto esfuerzo sopesaba. Eso empezó nada más conocerse, hacía dos años. Ese día Jakov Ćališ y Dijana llegaron en coche al monasterio de Šćit para cerrar el acuerdo con los frailes. Mejor dicho, Jakov cerró el acuerdo con el guardián fray Ignacije, mientras fray Ivo Džalta, ante la discreta presencia de fray Ljubo Pavlović, le explicaba minuciosamente a Dijana la idea de la monografía en la biblioteca del monasterio. Había reflexionado cada detalle. Fray Ivo tenía respuesta para todas sus preguntas. Ćališ había presentado a Dijana como la editora ejecutiva de ese ambicioso proyecto, afirmando que la talentosa e implicada señorita se dedicaría en exclusiva a esa especie de enciclopedia sobre Šćit de Rama. Ni siquiera se inmutó al inventarse que le costó quitársela a la competencia. Era de esas personas que no se contentaban con

disfrutar de una riqueza inmerecida y la correspondiente influencia social. A cualquiera con quien entraba en contacto lo cubría de generosidad y promesas, de las que a continuación durante días o meses huía presa del pánico, refugiándose en mentiras obvias y denigrantes; no se trataba de nada más profundo que de la necesidad de ver en ojos ajenos, aunque fueran desconocidos, una gratitud y un aprecio, aunque resultaran pasajeros. Con los hermanos de Šćit no se comportaba de la misma forma, pues no rehuía cumplir sus promesas, ni se le pasaba por la cabeza. Las pequeñas mentiras y exageraciones estaban al servicio de enfatizar la entrega, la seriedad y el amor por el terruño. Él no los defraudaría, a diferencia de tantos otros, que se embucharon mucho dinero con la monografía y nunca salió nada de ello. A Ćališ sí que le importaba.

Fray Ljubo se cuidaba de cualquier palabra y gesto de más, hasta que Jakov Ćališ y Dijana Lovrić —al día siguiente después de comer — se dispusieron a regresar a Zagreb. Mientras los frailes acompañaban a los invitados hasta el coche, fray Ljubo le susurró a Dijana que tenía previsto viajar pronto a Zagreb y que le gustaría verla. Ella le dijo que la llamara sin falta y se despidió con un alegre ademán de la mano.

Nada más poner en marcha el motor, Jakov se apresuró a decirle que el joven y apuesto sacerdote no le había quitado los ojos de encima. Tenía preparados algunos jugosos comentarios más sobre el tema, pero se los calló. Nada más empezar a trabajar en la editorial Prvi Dan, Dijana le hizo entender sin rodeos al dueño que no le encantaban ni su sentido del humor ni su evidente expectativa de que ella se lanzaría a sus brazos solo porque tuvo la generosidad de emplearla cuando se vino abajo la pequeña y pretenciosa editorial en la que había trabajado. «Lo que está pensando nunca va a ocurrir —le dijo—, y ahora tiene usted la oportunidad de despedirme, no le diré nada a nadie». Ćališ se retiró, alzó los brazos en señal de rendición, sonrió y salió de su despacho. Ni él mismo entendía cómo pudo resistir a la tentación de amargarle la vida día tras día, de recordarle continuamente que le debía gratitud: hoy en día nadie contrata a nadie, menos aún a editoras literarias de modesto currículo; hoy en día todo el mundo trabaja a destajo, por poco dinero, y aún gracias si finalmente llegan a cobrar.

Debía de haber algo en su actitud, sus gestos y movimientos, una cierta impertinencia y decisión que provocaba respeto en los hombres ambiciosos y poco refinados de las pequeñas ciudades del sur. Jakov Ćališ y la gente como él se sentían atraídos instintivamente por todos aquellos que mostraban coraje y no se doblegaban, se enamoraban de cualquiera que fuera capaz de ser él mismo sin compromiso alguno, cualquiera que se pudiera permitir el lujo de no doblegarse, porque él tenía que ser tanto una cosa como la otra, un buen marido y aún mejor amante, bueno tanto en la iglesia como en la taberna, educado y servicial, incluso con los que despreciaba, como todos aquellos políticos y poderosos a los que sobornó para llegar a poseer una empresa que disfrutaba, todavía hoy, de prácticamente un monopolio en la edición y distribución de los libros de texto. Últimamente Ćališ se cruzaba poco con gente íntegra y honrada (aún sabía distinguirlos): había trepado hasta el nivel al que ese tipo de gente no llega, y si por casualidad se encontraba con ellos, los tenía que doblegar o destruir por razones de negocios. Dijana era demasiado insignificante como para molestarse en doblegarla, y demasiado tozuda como para destruirla. Parecía que el todopoderoso la hubiera enviado para que Jakov Ćališ mejorara un poco su opinión sobre sí mismo.

Fray Ljubo Pavlović viajó a Zagreb cuatro o cinco días después. Era su primera visita a la capital. Durante años había soñado con viajar a Zagreb, igual que todos los niños católicos de Livno. Se empapó de los nombres de las calles, plazas, cafés y cines que había visto en la televisión y en los diarios. Una parte de él vivía en Zagreb y se alimentaba de pensamientos de la ciudad cuando partió de su humilde casa natal de los suburbios para ingresar en el seminario franciscano de Visoko, cerca de Sarajevo. Cuanto más se descubría a sí mismo, tanto más se le alejaba Zagreb, tanto más borrosa se le volvía. Como esos amores platónicos que existen, persisten y mueren sin haberse conocido, ni tocado ni intercambiado palabra alguna con ellos. Llamó a Dijana desde la estación de autobuses, eran las siete de la mañana. Los ojos de la ciudad estaban llenos de niebla. Aún no había visto nada de Zagreb. Fray Ljubo y Dijana se citaron a las diez en una cafetería del centro. Él le entregó temeroso un ramo de rosas rojas. Se dieron dos besos precavidos. Quiso quedar también con ella por la noche. Y a la

mañana siguiente, y por la tarde, y por la noche, a todas horas. Amargado y enfadado regresó a Šćit después de que ya al tercer día Dijana le dijera con tacto que seguramente había interpretado mal la naturaleza de su amabilidad y hospitalidad. Los días que siguieron los pasó encerrado en su celda. Utilizando el razonamiento intentó encauzar de nuevo su vida en la rutina y la monotonía contemplativas. No lo consiguió. El desasosiego le causaba con facilidad torbellinos en su vientre de algodón. Invadió el correo electrónico de Dijana con largas cartas confesionales, y luego con provocaciones cortas y frías, así como con algunas acusaciones; le enviaba SMS y la llamaba, hasta que una mañana —unos quince días después de su primera visita— la esperó a la entrada del edificio de la empresa de Ćališ. Le pidió que hablaran, que lo escuchara. Dijana se lo llevó a su despacho. Habló durante unos quince minutos. Se arrepentía, suplicaba y juraba. Decía que aquello era más fuerte que él y su tibia fe. Lo interrumpió y le dijo que por su parte nada había cambiado y no iba a cambiar nunca. Si aquello suponía un obstáculo insalvable para su colaboración, añadió, que se lo pusiera por escrito y que luego vería qué hacer y cómo. Fray Ljubo se quedó en silencio. Avergonzado, permaneció en la retaguardia. Estaba decidido a seguir presente en su vida, más presente de lo que suponía su mera colaboración editorial y esperar en la fe. No darle motivo para que ella lo rechazara.

Dijana regresó a la mesa en la sala de estar. Todos estaban callados. Luca se instaló junto con la silla en su lugar cerca de la estufa y continuó rezando. Dijana encendió un cigarrillo. Pensó que el tono y el temblor de la voz de fray Ljubo le recordaban a su primer encuentro en Zagreb en la cafetería Gradska Kavana, con el ramo de rosas y aquella mano sudorosa.

—Termino de fumar el cigarrillo y, si te parece, vamos a que me conecte un momento a internet —le dijo Dijana a Anka.

—Por mí podemos ir ahora mismo —le contestó Anka.

—Casi estoy… —y Dijana le mostró el cigarrillo cercano a consumirse.

—Hija mía, te daré el mismo dinero que puedas ganar con las tumbas musulmanas y ortodoxas, pero deja de hacerlo —le dijo el abuelo a su nieta. Sus palabras sonaban más a súplica que a enfado o amenaza—. ¡Díselo tú también! —rogó Mijo a Dijana.

—No quiero tu dinero si puedo ganarme el mío honradamente —le contestó Anka tajante y se puso de pie.

Dijana apagó el cigarrillo antes de lo que había pensado y también se levantó. Luca reaccionó corriendo hacia ella. La cogió de la mano y la saludó a modo de despedida.

—Bueno, si no nos vemos más, buen viaje y recuerdos a nuestro Marko —le dijo y regresó a su sitio.

—Y tanto que la verás, mujer, ¿no ves qué tiempo hace? Adónde va a ir, no es un pájaro —dijo Mijo, mientras que sin dar crédito alzaba la mirada y los brazos al cielo.

Anka y Dijana salieron. En la sala de estar se hizo de nuevo el silencio, solo interrumpido por los murmullos de Luca.

Marko notó la vibración del móvil en el bolsillo, pero ahora tenía que estar perfectamente concentrado en los filetes que crepitaban en el aceite. Era suficiente cualquier descuido, una breve distracción, para que los hermosos y caros pedazos de carne se echaran a perder. Hacía tiempo que el chef Žarko había dejado de tolerarle la falta de concentración cuando se trataba de mercancía tan exquisita. Le descontaba del sueldo cada pedazo echado a perder. De modo que Marko ponía toda su atención en no dejar pasar el momento en el que debía retirar el primer filete, y tras unos segundos el siguiente, y el siguiente…

—Periodista, me parece que te estás convirtiendo en cocinero —le dijo Žare.

Llevaba un rato detrás de él, observándolo. Marko no se había percatado.

—Gracias, si se trata de un cumplido —contestó.

—Todo consiste en entregarse a la repetición —prosiguió Žare— … Resumiendo, todo radica en la repetición. La repetición hasta el infinito. Supongo que en la prensa es lo mismo. Cada día empiezas de nuevo, escribes artículos u otra cosa igual que ayer, igual que anteayer. Pero siempre hay repetición. Seguro que sabes de qué estoy hablando.

—Lo sé.

—También sabes que estás trabajando de cocinero solo porque te han herido el ego. ¿Y sabes cómo lucho yo contra el ego?

—¿Pero tú luchas?

—Ja, ja, ja… Quizá no se ve, pero sí que lucho. ¿Y sabes cómo?

Metiéndome en problemas de forma consciente. Eso me hace recordar lo pequeño e insignificante que soy. Para que no se me ocurra pensar que valgo más que cierto cretino que me prestó un dinero que no es suyo y me llama dos veces al día para que le diga cuándo se lo voy a devolver. Yo sé cocinar, pero él tiene una porra metálica y una pistola. Tienes que buscarte algo que te haga mantener los pies en la tierra.

—¿Qué me quieres decir en realidad? —preguntó Marko. Estaba limpiando la parrilla grasienta que aún quemaba.

Žare cogió la bandeja con los cuatro filetes recién hechos.

—Quiero decir que acabo de hacer el mejor risotto de mi vida —le dijo mientras se alejaba y se llevaba la bandeja—. La repetición…

Marko sacó el móvil del bolsillo. Tenía un mensaje de Martina. Lo abrió y en la pequeña pantalla aparecieron su vientre, tetas, cuello, barbilla, labios, la punta de su nariz y sus ojos. Era evidente que se había fotografiado a sí misma. Tecleó rápidamente: «Estás loca». Su respuesta llegó enseguida: «Está claro que alguien aquí está loco, pero no yo». Volvió a guardar el móvil en el bolsillo. Que pensara que Marko se ha ofendido, que siguiera desamparada en su cama un viernes por la noche, ahora cuando ya era tarde para quedar y salir, que reflexionara un poco sobre su comportamiento. Hasta ahora Martina nunca se le había insinuado de una forma tan explícita. Durante esos cuatro o cinco meses de un juego mutuo de atracción y rechazo no habían experimentado otra cosa que cogerse de la mano debajo de la mesa de un café, el intercambio nocturno de unos cariñosos SMS, unas conversaciones infinitas sobre temas que se repetían sin fin y sexo telefónico. De aquello hacía unos quince días. Fue lento y cariñoso. Ella le dijo que podía enamorarse de él. Él se asustó por primera vez desde que la había conocido. Le gustó, pero enseguida tuvo remordimientos y se apresuró a terminar la conversación. Estaba avergonzado. Al día siguiente, por la noche, cuando Dijana se fue a dormir, le entraron ganas de repetirlo. Se detuvo a un palmo del precipicio. Se fue a masturbar debajo de la ducha. Dos noches más tarde se arrojó al precipicio. Le escribió a Martina que pensaba en ella y que le besaba el cuello. Esperó una respuesta rápida, pero no ocurrió nada. De nuevo se sintió avergonzado. Y además estaba enfadado consigo mismo: ¿cómo podía sucumbir de esa forma, cómo se permitía sucumbir como un

adolescente o un abstinente de muchos años? Sin encanto ni dignidad. ¡Y no era la primera vez! No había aprendido nada de las humillaciones anteriores. No era capaz de permanecer indiferente frente al interés y la simpatía femeninos; aunque no sabía entregarse del todo, siempre indeciso, no conseguía desembarazarse del miedo y la vergüenza, excepto cuando disfrutaba de una distancia de seguridad. En general, el cuerpo le daba miedo, salvo cuando se refugiaba en la imaginación.

Empezó a tener fantasías con el cuerpo de Martina nada más conocerla. Ella, por supuesto, se dio cuenta enseguida. Le gustó la calidez de su mirada. Esa noche, cuando coincidieron por casualidad con amigos comunes, se sorprendió. Discretamente le pidió el número de móvil. La llamó ya al día siguiente. Martina estaba preparando el trabajo de final de carrera en la facultad de Farmacia, disfrutaba de los últimos momentos de libertad, desde el sur su papá le enviaba el dinero ganado con la venta de alcohol al por mayor, se merecía tener unos meses solo para ella, antes de que su familia la colocara en una farmacia bien situada y antes de que su vida siguiera su curso de acuerdo con lo esperado. Quedaron dos días después, un perfumado atardecer de otoño, en la barra tras el escaparate de un café anclado en el pasado. Se sentía halagada por la suavidad de sus movimientos, acentuada por los nervios. Tomaron un aguardiente dulce, él fumó un cigarrillo tras otro, le evitaba la mirada, sudaba a mares, cuidaba cada palabra que decía, ella se reía a carcajadas, le rozaba el brazo, hábilmente le sonsacaba información. Se ofreció para llevarlo a casa. Él insistió nervioso en coger un taxi, no hubo forma de convencerlo. Nada más despedirse él le escribió: «Me lo he pasado bien». Ella le contestó: «Yo también». Él necesitaba confianza en sí mismo.

El chef Žarko y su ayudante Kristijan se acercaron a Marko y al horno de leña. Llevaban pescado sobre unas bandejas metálicas. Žarko se puso enseguida a inspeccionar el fuego y examinar la limpieza de las parrillas. Kristijan le enseñó a Marko el pescado pieza por pieza. Eran maravillosos ejemplares de dorada, lubina, san pedro y escórpora. Los iban a servir a aquel grupo tan nutrido después de que dieran cuenta del risotto de Skradin, la obra maestra de Žarko Marušić. El pescado tenía que quedar perfecto e impecable, con el objetivo de que la cena no decayera en el

momento decisivo. Al chef Žare le gustaba subirse el listón, aunque no muy a menudo: como ya hemos dicho le faltaba el tiempo y la concentración. Kristijan se quedaría junto a Marko, pero Žare tampoco se alejaría mucho. No podía cometerse ni el más mínimo error, no se podía perder el tiempo. Žare colocó el pescado sobre la parrilla ardiente.

—Tengo que ir al baño, estad atentos —les dijo a Marko y a Kristijan.

—Se va a meter una raya —le susurró Kristijan una vez Žarko se hubo alejado lo suficiente.

—…

—El risotto lo ha dejado hecho polvo… Siempre está hecho polvo, tío. Siempre tiene que arreglárselas con una raya. Acabará jodido.

—Es su problema.

—Y el nuestro también, ya verás. Está demasiado enganchado. No para de meterse, tío.

—Nuestro problema es no echar a perder este pescado, solo eso.

Se lo dijo como si se tratara de su hermano mayor y Kristijan desistió. Agachados observaban el suave temblor del pescado sobre la parrilla. No se percataron del rumor cada vez más audible y del murmullo colectivo a sus espaldas. No oyeron los primeros gritos y llamadas de auxilio. Y de repente los sacudieron: los gritos, los lamentos, los gritos de socorro, socorro, el chisporrotear del pescado, el freír de las sartenes, el ruido del agua en los fregaderos, el golpear de los platos, el tumulto frente a la puerta de entrada al lavabo de los empleados, ¡rápido, urgencias!, ¡apartaos, apartaos! Cuatro hombres sacaron en volandas a Žare y ante Marko y Kristijan apareció su segundo, Stanko, al que apodaban Sten.

—¡Tú termina de hacer el pescado! —ordenó a Kristijan—. Tú te vienes conmigo —conminó a Marko—, ¡y quítate el delantal!

Se apresuraron hacia la salida trasera de la cocina, donde se esperaba la llegada de la ambulancia.

—Lo vas a acompañar al hospital —le ordenó Stanko— y no te separes del móvil. Me mantendrás informado. Si alguien te pregunta algo no sabes nada. Especialmente si te pregunta esa purria de periodistas que conoces. ¡¿Entendido?!

Marko no tuvo tiempo ni para abrir la boca, pues Stanko ya

corría hacia su puesto de trabajo.

—¡Vamos allá, seguimos! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡No podemos hacer esperar a los clientes! ¡Kiki, vigila el pescado, que ya está hecho! —gritó en una única exhalación.

La calma reinó de nuevo. Cada vez se oía con más fuerza la sirena de la ambulancia. Los gruesos copos de nieve se esparcían como facsímiles sobre el asfalto y salpicaban bajo los neumáticos de la ambulancia camino del hospital.

Anka se sentó al ordenador en su habitación, para cederle enseguida el sitio a Dijana, cuyo móvil empezó a sonar nada más sentarse. La llamaba fray Ljubo.

—Justamente estaba abriendo el correo —dijo ella.

—Fray Ivo quiere hablar contigo. —La voz de fray Ljubo sonaba formal. Se comportaba como un niño ofendido. Como Marko, también solía retirarse de repente y minar todos los accesos. Al hacerlo fray Ljubo parecía aún más infantil que Marko.

—¿Puedes llamarme al fijo?

Le dictó los números que Anka le iba indicando con los dedos de las manos. El teléfono rojo y plano de la marca Iskra sonó estridente sobre el escritorio barato. Fray Ljubo se limitó a pasarle el auricular a fray Ivo. Le preguntó por su salud, le hizo comentarios sobre la nieve, que este invierno abundaba, le preguntó cómo le iba en Zagreb. Por su parte Dijana le preguntó cómo se encontraba, le habían dicho que estaba delicado. El sacerdote se rio, a su edad ya no se podía estar bien.

—Quiero dictarle un nuevo prólogo, Dijana —fray Ivo fue al grano—, que sustituirá al anterior. ¿Tiene usted papel y lápiz?

—¿Un prólogo nuevo? ¿No resultaría más sencillo que fray Ljubo lo teclee y me lo envíe por correo electrónico?

—Para mí resulta vital dictarle cada una de mis palabras, que usted sepa que son mías. Hágale este último favor a un viejo fraile bosnio…

Sin mucho entusiasmo Dijana sacó de su bolso un lápiz y un bloc de notas. Anka estaba estirada en su cama con los ojos cerrados.

Título: A modo de prólogo.

Nosotros en Šćit de Rama.

—¿Está escribiendo?

—Sí.

Nunca nadie nos ha necesitado o lo que todavía es más dañino en ocasiones alguien nos necesitó por poco tiempo y al ser ingenuos como somos nada más sentir que alguien se percataba de nuestra existencia nos convertimos en perros dispuestos a morder y matar y a llevar una vida de perros y que nos rechazaran asumiendo ser una carga tanto para los nuestros como para los de fuera porque nunca hemos llegado a entendernos a nosotros mismos y los otros ni lo intentaron nuestra mayor ambición fue ser siempre como lapas y parásitos que por unas migajas bautizan a los niños perdedores durante décadas nuestro sufrimiento y rabia no pudieron dar más de sí que un par o tres de poetas y el mismo número de bandoleros y unos cuantos mitos no hemos aprendido otra cosa que a ser más desconfiados y tozudos que nadie no rectificar en el error bien al contrario cortarle la cabeza o proclamar traidor a cualquiera que nos diga lo que no queremos oír y por ello sufrimos orgullosos y aguantamos de manera masoquista los vencedores nos intentaron echar con fuego y agua y nosotros resistimos solo para poder ir desapareciendo con elegías de prados floridos y campanas de iglesias nos quedamos para poder autoinfligirnos daño herir a los más cercanos la destrucción siempre fue nuestra respuesta a los desafíos del mundo la destrucción sin un ápice de reflexión…

—¿Voy demasiado rápido, Dijana, se le cansa la mano?

—Siga usted…

… pues no puede haber reflexión allí donde reinan los plañidos o los juramentos guerreros para ver el mal en ti no basta con tener una buena alma hace falta una inteligencia que no esté ofuscada destruir los puentes hacia los prójimos es nuestra primera reacción no conocemos otra cosa que el instinto por eso no nos necesita nadie los salvajes de la frontera entre el mundo oriental y occidental han convertido la iglesia en su nido de ametralladoras ustacha sobre esta tierra partisana incendiada vergonzosa e inútilmente vivirá nuestra fe desviada durante varios siglos las vigas devoradas por el fuego en lugar de San Pedro son los fundamentos de nuestra iglesia y nuestra identidad la esencia de nuestra visión del mundo justificamos de mil maneras a los ustacha que tranquilamente observaban cómo los chetniks nos degollaban en octubre de 1942 nunca perdonamos a los partisanos que incendiaran el campanario y mataran a dos hermanos en paz

descansen y si alguien discrepaba yo nunca había sido tan valiente como para ser uno de ellos estaba condenado a ser objeto de chismorreos y humillaciones maltrato burocrático y aspavientos en las altas y profundas esferas y así hasta el día de hoy con el beneplácito de la bendita madre Iglesia los más inteligentes y más sabios entre nosotros son utilizados por cualquier don nadie y sinvergüenza para demostrar a costa de otros la autenticidad de su propia fe nosotros honramos a nuestros verdugos convertimos en santos a los débiles e inútiles que nos han convencido de que cuidarían muy bien de nosotros justamente los mismos que siempre nos traicionaban mentían y engañaban y cada vez pensábamos que no volverían a hacerlo pero luego vimos que sí podían y que sí iban a hacerlo porque no saben ni les importa lo mismo en 1942 que en 1992 y para siempre nosotros seremos una especie de estructura volátil y medio primitiva que se debate entre lo que podría haber sido y lo que ha quedado de ella entre sí misma y sus negligentes tutores…

—Fray Ivo, por favor, un momento…

—… entre el sentido común y…

—Un momento, fray Ivo, me duele la mano…

—Ay, perdone, Dijana, por qué no me lo ha dicho…

—¿Queda mucho?

—No tanto…

—Me parece que ahora la nieve cae con más fuerza.

—Aquí también, por lo que puedo ver. No salga hasta que amaine.

—Podemos seguir…

—Bien, bien… Dictaré más despacio. ¿Dónde estábamos?

—«… entre sí misma y sus negligentes tutores entre el sentido común y…».

… entre el sentido común y las visiones sonámbulas de nuestros líderes y dirigentes somos las sobras de la historia y de la congoja bastaría una sola pequeña guerra más en la que por supuesto estaríamos del bando equivocado para que nos fuéramos diluyendo hasta volvernos irreconocibles nuestra especificidad humana e identitaria será objeto de una investigación histórica extravagante y de la ficcionalización la ficción nos encaja mejor la prueba de ello es al fin y al cabo el libro que por desgracia tiene ahora entre sus

manos y cuya publicación no puedo impedir en deferencia hacia otras y queridas personas que invirtieron mucho esfuerzo en él…

—Dijana, aquí sobre todo pienso en usted y en fray Ljubo, quiero que lo sepa.

—¡Pero fray Ivo, este es un prólogo completamente diferente! ¡Con un sentido completamente distinto! De hecho, difícil de entender…

—Espere, Dijana, por favor…

—Fray Ivo, perdone, pero no podemos publicar el libro con un prólogo como este. Podemos no publicar el libro, ¡pero no podemos publicar el libro con este prólogo! ¿Qué dice al respecto fray Ljubo? ¿Está ahí con usted?

—Déjese de fray Ljubo, nosotros dos ya arreglaremos lo nuestro. ¿No es así, fray Ljubo?

—¡Pásemelo!

—Dijana, querida, le ruego que abreviemos el asunto y lo simplifiquemos, porque en cualquier momento puedo volver a encontrarme mal. Puede publicar el libro con este prólogo, que dicho sea de paso no ha terminado de escuchar, o no publicarlo en absoluto. Yo rezaré con todas mis fuerzas para que se decida por lo segundo.

—He escuchado lo suficiente.

—¿No quiere escucharlo hasta el final?

—No, he entendido de qué se trata.

—Si es así fray Ljubo le enviará el texto completo por correo electrónico. Por si acaso. Adiós.

—¿Significa eso que ya no cuenta con que vaya a Šćit?

—Hay temporal, hay mucha nieve y yo estoy delicado. Nos hemos entendido. Usted es una mujer inteligente. Adiós.

Dijana colgó el auricular del viejísimo teléfono de la mesa de Anka y soltó una palabrota en voz alta. Durante todo ese tiempo Anka permaneció estirada en la cama, vestida. No dijo nada. Esperaba a que Dijana dijera algo, pero esta se había cubierto la cara con las manos.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que suba el calefactor?

—No, está bien así —dijo Dijana y se enderezó—. ¿Puedo hacer una llamada?

—Sí, por supuesto. ¿Estás bien?

—Fray Ivo ha cambiado el prólogo. Este maldito prólogo nuevo le quita todo el sentido al libro. Dos años de trabajo… —dijo.

Marcó el número de fray Ljubo. El teléfono sonó largo rato antes de que él contestara desganado. Hablaba en voz baja y neutra, como hablan los políticos exitosos, de forma tranquila y distanciada, justo lo opuesto al nerviosismo de ella. Le iba repitiendo que todo iría bien, que lo más importante ahora era la salud de fray Ivo y que el resto se arreglaría de una forma u otra, no hacía falta vivir las cosas como una tragedia. La estaba castigando. La castigaba por la nieve que había borrado las carreteras, razón por la que ella no había podido llegar a Šćit, la castigaba por no haber leído todavía su mensaje, por haber sido tan firme a la hora de ignorar educadamente su encanto, por el que él estaba dispuesto a dar un vuelco a su vida. Disfrutaba castigándola. Dijana no le podía decir qué opinaba sobre su comportamiento, porque Anka estaba presente. Colgó. Volvió a taparse la cara con las manos.

—¿Por qué no le habéis dicho a Marko lo de la ventana? —dijo a Anka solo para dejar de pensar en fray Ivo y fray Ljubo y aplazar un poco la llamada a Jakov Ćališ. Anka se mostró confusa, pero siguió estirada en la cama.

—No sé, lo decidió mi vieja —dijo finalmente—. Es mejor así, él no tiene nada que ver con todo esto.

—¿Y qué pasa si se vuelve a repetir? Tú no has dejado de trabajar en eso, ¿verdad?

—Hemos venido aquí para que mires tu correo y todavía ni lo has abierto —dijo Anka levantando la cabeza de la almohada.

—Primero tengo que llamar a mi jefe. ¿Puedo?

Anka asintió con la cabeza, luego la dejó caer en el hueco de la almohada.

Ćališ contestó a la llamada de un número desconocido, así que se esforzó en adoptar un tono de voz formal, aunque se encontraba en una compañía ruidosa, donde al mismo tiempo se conversaba, se entrechocaban vasos y platos y se alzaba la voz. Celebraba su cincuenta aniversario y había reunido a amigos, padrinos, compañeros de trabajo, sus clientes más importantes, aunque los más importantes de todos no habían podido asistir por razones de seguridad. Jakov se apartó de la animada multitud, había entendido que la llamada era importante. Dijana le dijo que fray Ivo le

acababa de dictar un nuevo prólogo que lo desbarataba todo, es decir, que no encajaba. Destacaría como un espantapájaros en lugar de un Cristo crucificado en la portada del libro, no tenía ningún sentido, era poco claro y llevaría a confusión. Le dijo que fray Ivo le había hecho entender que no era necesario que fuera a Šćit y que también prefería que el libro no se publicara, pero que si se decidían a hacerlo la condición era incluir el prólogo nuevo.

—¿Y qué es lo que ha escrito? —preguntó Jakov. Su voz no reflejaba preocupación ni nerviosismo. Nada le iba a estropear la fiesta de cumpleaños.

—Que la culpa de todo la tenemos nosotros, más o menos. En primer lugar nosotros mismos y luego los demás.

—¿Quiénes somos nosotros?

—Pues que lo de la tragedia de Šćit en realidad es sobre todo culpa de los católicos, los croatas, especialmente los frailes y después los otros. Si lo he entendido bien… El libro que hemos hecho no es eso. Al margen de mi opinión sobre el texto de fray Ivo.

—Tu opinión no importa para nada. —Jakov sonó como el jefe que era—. Nos han concedido demasiado dinero para hacer este libro y hasta la fecha hemos gastado demasiado en él como para poder abandonar el proyecto. Sobre todo si ello se debe a las tonterías de un fraile moribundo.

—¿Moribundo?

—Fray Ignacije me ha dicho que fray Ivo no está bien y que no durará mucho.

—…

—No vivirá mucho. Ya tiene una edad…

—Es decir, ¿esperaremos a que muera para publicar el libro con el prólogo original?

—¿Alguien más sabe lo del prólogo nuevo?

—Fray Ljubo. Eso seguro. Quizá alguien más en el monasterio.

—Está bien, de todas maneras fray Ljubo es problema tuyo. Soluciona el problema como puedas.

—¿Y qué pasa si fray Ivo no se muere tan rápido como se espera?

—Tu trabajo consiste en convencer a fray Ljubo de que nunca había oído hablar de un prólogo nuevo. Eso es todo lo que debes hacer. Ahora tengo que volver a la fiesta. Hoy es mi cumpleaños.

¿Lo sabías?

—No lo sabía… Feliz cumpleaños.

Dijana colgó. Por su vientre se derramó la amargura al entender que seguramente fray Ljubo se regodeaba y temblaba con el poder que le había otorgado el generoso y peculiar fray Ivo, que mira por donde durante cincuenta años no había reunido las fuerzas para desprenderse de este libro. ¿Hasta qué punto iba a ser fray Ljubo sutil en su crueldad? Dado que ya no tenía nada que perder, ¿jugaría la carta del desprecio a sí mismo?

—No es que te quiera echar, pero estaría bien que te miraras el correo y regresaras abajo —dijo Anka—. Si no se molestarán y no te conviene que se enfaden si tienes que quedarte aquí unos días. Y puede que tengas que hacerlo…

—Tienes toda la razón, perdona —volvió en sí Dijana—. Voy a bajar enseguida y luego volveré para mirar el correo.

—De acuerdo, aquí estaré. Siempre me acuesto tarde.

Luca seguía en el mismo sitio desde el que se había despedido media hora antes. Sobre sus secos muslos sostenía un gran cuaderno de piel, abierto de par en par, y en sus páginas dibujaba algo con un lápiz. Mijo miraba la pared ausente. Sostenía la pipa entre los dedos pulgar, índice y medio, la punta del último envuelta en una tirita de color piel. Ruža metía encorvada un leño en la estufa. Dijana se sentó a la mesa en el mismo sitio. Observaba a la vieja, que de manera tranquila y concentrada arrastraba la mina del lápiz sobre el papel amarillento. No había prestado ninguna atención al regreso de Dijana, ni siquiera había alzado la mirada.

—¿Has podido hacer lo que tenías pendiente? —le preguntó Ruža.

—Pues la verdad es que no. Luego lo haré. Tenía que hacer unas llamadas. Ha surgido una complicación con lo del libro. Parece que no tendré que ir a Šćit. En cuanto limpien la carretera regresaré a Zagreb. He viajado en balde.

—No ha sido en balde, nos ha hecho ilusión. ¿Se arreglará lo del trabajo?

Ruža se dejó caer en la silla junto a Dijana. Mijo no daba muestras de tener interés en la conversación que mantenían.

—Supongo que sí. Esta noche tendré que hacer unas llamadas más. No resulta sencillo tratar con los frailes. A veces cuesta

entenderlos.

—Son personas como nosotros —apuntó inesperadamente el viejo—. Tienen lo mismo que nosotros, excepto la preocupación y el sufrimiento. Dios lo ha querido así.

—Entonces igual deberían ser algo mejores que nosotros —añadió Ruža.

Mijo calló para no tener que darle la razón a su nuera. Tanto Ruža como Mijo consideraban a los sacerdotes como algo inevitable, como la nieve en invierno, y así los trataban: ninguno de los dos iba a misa los domingos, aunque la casa de Mijo Kelava cumplía regularmente sus obligaciones con la Iglesia. Cuando el fraile iba a bendecir la casa para la Epifanía, lo recibían y agasajaban con cordialidad. Y allí se terminaba todo. Lo mismo ocurría cuando bajo ese mismo techo vivía el hijo único de Mijo, el marido de Ruža, Ivan Kelava, aunque a diferencia de su mujer y la familia más inmediata Ivan era miembro del Partido Comunista. Se había hecho del partido en parte por sus convicciones durante la juventud, y porque esa formalidad era la que se esperaba de un ingeniero ambicioso, empleado en una empresa local de la construcción bien considerada. El crucifijo y el retrato del mariscal Tito en su uniforme militar color azul cielo colgaban uno junto al otro en la pared, encima del televisor. Y allí siguió después de que Mijo regresara de Alemania a finales de los años ochenta. No le molestaba. La fotografía del mariscal Tito desaparecería más adelante, demasiado tarde según los criterios locales, junto con el comunismo y la República Federal Socialista de Yugoslavia.

Marko Kelava asistía de pequeño a clases de catequesis en el monasterio, pero era uno de los pocos niños, al igual que su hermana, que debía asistir a clase si la fiesta de la Natividad coincidía con un día laborable. Le daba vergüenza. Iba al colegio tratando de pasar desapercibido y regresaba a casa de la misma forma. Sin embargo, sus esfuerzos por convertirse en una sombra eran en vano. Todo se sabía. Ivan Kelava y su mujer Ruža no tenían la intención de complacer a unos y a otros y, siguiendo la máxima del cordero dócil, mamar de dos ubres. Esa era simplemente su forma de ser, aunque nadie jamás se lo creería. Por eso ni aquí ni allá los consideraban de los suyos. Cuando de la pared del comedor desapareció Josip Broz Tito, con una malicia ahogada en el

monasterio esperaron a que Mijo e Ivan llegaran y se arrodillaran, les besaran la mano y honraran el altar. Sin embargo, nada cambió. Los más sabios de entre los frailes de Duvno aprendieron a respetar esa ausencia de unidimensionalidad y esa clara adscripción, pero la mayoría de la gente no podía entenderlo de ninguna de las maneras. ¿Cómo se podía estar a la vez a un lado y a otro del muro que nos separaba de ellos, el bien y el mal, la luz y la oscuridad? Eso no puede ser asunto limpio, de ninguna de las maneras.

Marko tampoco podía entenderlo, especialmente cuando empezó a tener conciencia de sí mismo y del minúsculo y sencillo mundo que le rodeaba. Él quería entregarse a una idea, tener convicciones firmes, defenderlas con la lengua y los puños cuando la sangre hirviera, igual que los demás. Decantarse por un bando y serle fiel hasta la muerte: esta era la visión de una vida recta y correcta desde la perspectiva del precoz Marko Kelava. Viraba de una convicción a otra, de un extremo a otro, pero siempre con el mismo fervor, con argumentos apasionados, trabándose al tratar de ser más rápido con la lengua que con el pensamiento. En la redacción actuó así durante mucho tiempo: justiciero, empleando palabras cortantes como espadas, rodaban las cabezas de los adjuntos al director de las empresas estatales. Así empezaron a recordar su nombre. Le complacía. Con los años empezó a ser más difícil causar el efecto deseado. Cuando empezó a enfriarse, cuando empezaron a salpicarle las olas de una autocrítica despiadada fue partidario de rechazar todas sus creencias sobre la moral, la escritura y la vida. En esas horas de soledad no conseguía ver más que el sinsentido y la inercia de agarrarse a un clavo ardiendo solo por ser consecuente. Fue renunciando a una carrera de amarguras y de repartir justicia, aunque todavía no se vislumbraban ni tan solo los contornos borrosos de aquello hacia lo que se deslizaba inseguro. Que lo despidieran de un diario a punto de hundirse fue la consecuencia lógica de esa transformación.

En el último año y medio Dijana había pasado junto a él la parte más intensa de su trayectoria: el atrincheramiento y una aparente confianza en sí mismo para salir a campo abierto, tras el cual empieza la ignota tierra de nadie.

—¿Te encuentras un poco mejor? —le preguntó dos días después de que le despidieran.

Junto con el de veinte compañeros más su puesto había sido declarado prescindible. Le dieron un finiquito de seis pagas acompañado de un encogimiento de hombros. Como si se tratara de un desastre natural.

—Quiero decir, en cierto modo lo deseabas…

No dijo nada. Veía la televisión y se mordía los labios. Parecía que tuviera algo que decir, pero lo cierto era que no albergaba ningún proceso mental. Solo palpitaciones.

—Otra vez te invade la rabia, ¿no? —Quiso ser directa—. Te lo has callado todo, no has dicho nada a nadie porque no quieres que nadie vea que estás herido. Y ahora me castigas a mí con tu silencio. Es lo único que puedes hacer.

—No te estoy castigando. —La miró por fin—. Solo estoy de mal humor… Y tú estás aquí…

—¿Quieres que me vaya?

—Como quieras…

Salió sin decir nada. Él tampoco dijo una palabra, aunque quería detenerla. No tenía ganas de quedarse solo. No tenía fuerzas para mantener largas discusiones con interlocutores imaginarios, con los culpables de sus desgracias; lo echaron, pasaron por alto todo lo que había hecho, nunca lo apreciaron como se merecía.

—¿Puedes conseguir algo para fumar? —le preguntó a Dijana cuando la llamó media hora después de que saliera del piso.

Por un momento dudó. Dijo que lo intentaría, que le diría algo. Marko sabía que lo conseguiría, porque siempre lo conseguía. Él también lo podía conseguir, por supuesto, si no le diera pavor solo pensar en ir al piso de un camello o recoger la mercancía en los lavabos de las tabernas de los suburbios. Tenía miedo de que le pillaran: no podía hacerle eso también a su madre, eso sí que no.

La hierba y el hachís reblandecían las rígidas vetas de su rabia. A nivel físico percibía que se diluía. Todo se volvía más blando, más redondo, más claro. Antes de intimar con Dijana, Marko no solía fumar canutos, salvo en las pocas fiestas que hacían en casa de otros. Nunca había comprado él mismo y casi ni sabía liarlos. Dijana pasaba todos los veranos en la isla de su madre, en una bonita casa de piedra junto al paseo marítimo, que la señora Marija había heredado de su difunto padre, Drago Rubić, durante años director de la planta conservera en la localidad más grande de la

isla. Así que para Dijana, desde joven, fumar marihuana era algo normal. Así son las islas del Adriático. Disfrutaba tanto fumando hierba que nunca se le había ocurrido probar algo más letal e intenso. Marko fumaba casi cada día estando con Dijana. No le hacía feliz pensar que se volvía mejor persona y más cálida cuando encendía un canuto, pero todo eso duraba demasiado poco como para cortarse a la hora de aliviar la pena, o lo que fuere, que le pesaba desde el nacimiento. ¡Esa cólera, esa negrura que le enturbiaba la vista! No conseguía detener con el uso de la razón la marea de oscuridad que emanaba de una fuente misteriosa en su interior.

Cuando regresó con una bolsita llena de flores grasientas de hierba, Marko la recibió con un rostro más relajado. Habían pasado los nubarrones que salpicaban con una negrura de color sepia cada pensamiento, cada idea, cada movimiento. La lengua se le iba soltando con cada nueva calada picante. Durante algunos momentos Dijana dudaba entre entregarse sin más o pedir explicaciones, conseguir que reconociera su crueldad injustificada. Se dejó llevar por sus frases y miradas aterciopeladas, pronto no habrá nada más, ni siquiera el recuerdo de otra cosa. Por la mañana dormirán hasta tarde, luego prepararán alubias con un hueso de jamón, no saldrán de casa.

—Mi primer encuentro con los frailes —dijo Dijana— fue cuando empecé a trabajar en este libro. No sabía nada de ellos…

—¿Tu familia no iba a la iglesia? —se sorprendió un poco Mijo.

—No, nunca… Por lo menos yo no lo recuerdo.

—Eso tampoco está bien, pero bueno…

—Cada uno es libre de escoger —dejó caer Ruža—, cada uno es libre de hacer…

—Madre mía, no pensaba en nada malo. ¿Por el Partido o porque sí?

—Por lo que yo entendía, porque sí —dijo Dijana con una sonrisa.

La Navidad y la Pascua en casa de los Lovrić no eran días cualquiera, se comía y se bebía más alegremente, venían los primos, ellos iban a su casa, todos se vestían para la ocasión, pero no había en ello ni rastro de religiosidad, de agradecimiento a Dios. Para ellos se trataba de una simpática convención urbana que la señora

Marija se tomaba incomparablemente más en serio que su marido, lo cual tampoco era muy difícil: en todo lo compartido él actuaba de forma estática, participaba de un protocolo en el que sus pensamientos estaban en otro sitio, aunque cumplía con su papel a conciencia. Ella hacía tiempo que había dejado de tener esperanzas en ganar protagonismo. Se conformaba con que no se destruyeran los pilares de un mundo frágil, que se sostenía en su habilidad y pensamiento práctico. Ella era sociable, mantenía vivas las amistades de la familia, siempre tenía tiempo para ayudar o hacer algo por alguien, encontraba soluciones y salidas. Era como se dice que ha de ser una mujer. Nenad Lovrić invertía toda su energía e inteligencia en luchar contra sus demonios, y aun así no era suficiente. Apenas se podía concentrar para impartir unas clases a la semana en la Academia de las Artes. Tropezaba y se levantaba y el objetivo más importante para Marija era que desde fuera no se notara ningún cambio. Vigilaba que sus hijos hicieran lo mismo. Nada debía poner en peligro la imagen que con esfuerzo y dedicación mantenía, aunque ya todos lo sabían: el olor a podrido no se puede ocultar.

—Lo mejor es hacer las cosas con calma, despacio. Tampoco es bueno rezarle demasiado a Dios —dijo Mijo clavando fijamente la mirada en su hermana, que no se dio por aludida o no le oyó.

Apoyado en la pared del pasillo del hospital, Marko esperaba noticias del quirófano. Žarko había sufrido un infarto, pero todo apuntaba a que iba a sobrevivir. Le estaba operando el mejor cirujano de la ciudad. En la otra punta del pasillo, Zrinka, la mujer de Žarko, se acuclilló junto a la pared. Por encima suyo, como un águila, sobresalía un atractivo hombre que vestía una cazadora de piel. Marko no sabía quién era. Tampoco quería saberlo, por lo menos no esa noche. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a Dijana.

—¿Todo bien? —le preguntó nada más oír su voz.

—Sí, todo bien… —respondió ella.

Dijana salió al pasillo una vez más.

—¿Te han dado mucho la lata?

—Qué va, son buena gente…

—¿Cómo está mi vieja?

—Bien… Acabamos de cenar, no nos ha dado tiempo para hablar. Además, tuve que hacer unas llamadas, ha surgido una

complicación con lo del libro… ¿Dónde estás? ¿Mucho follón?

Le dijo que estaba en el hospital y sin dejar que ella formulara una pregunta le explicó brevemente la razón. No sabía hasta qué hora se quedaría. Estaba esperando a que saliera algún médico y le dijera algo. Dijana no paraba de repetir qué horror, qué horror, y terrible, terrible. No conocía a Žarko, no podía decir otra cosa. Se abrió una puerta y Marko se apresuró a terminar la conversación. Enfrente tenía al doctor Jurić. Esperó paciente a que Marko guardara el móvil en el bolsillo. El golpeteo de los tacones que se acercaban obligó al cansado cirujano de mediana edad a esperar un poco más. Zrinka Marušić tendió primero la mano al doctor Jurić y luego a Marko. El hombre sombrío no se movió de su sitio.

Dijana regresó a la sala solo para decirles que tenía que consultar otra cosa en el ordenador de Anka. No tardaría mucho. Luca dejó el cuaderno de piel en el asiento del que se había levantado y se dirigió de nuevo hacia Dijana. Siguieron una serie de besamanos, la despedida, los recuerdos y una lluvia de bendiciones.

—¡Que la chica no se va a ninguna parte, mujer, no ves la nieve que hay, adónde va a ir! —la reprendió Mijo con enfado y compasión.

—La noche es larga, hermano mío, quién sabe quién saldrá de ella y quién no —dijo la vieja encorvada.

Regresó solo para coger el cuaderno. No soltaba de la mano el rosario. Esas eran sus únicas pertenencias.

—Tú sí que te saldrás, no te preocupes —comentó Mijo como para sí mismo, pero también para que se le oyera.

—Buenas noches —dijo Luca y se dirigió hacia su pequeña habitación en la parte de arriba.

Dijana llamó a la puerta del cuarto de Anka y entró. Anka estaba sentada frente al ordenador leyendo algo en la sucia pantalla.

—¿Molesto? —preguntó Dijana.

—No molestas, qué va… ¿Quieres ver el correo?

—Sí, lo vería si te va bien.

—¿Puedo enseñarte una cosa antes? No se la he enseñado a nadie… ¿Quieres?

—Si tú quieres…

Anka se levantó e hizo un ademán con la mano para que Dijana se sentara. Le indicó que leyera un mail que estaba abierto en la

pantalla.

> Apreciada señora Kelava, me he enterado del tipo de actividad que realiza y he conseguido su dirección. Lo que quiero pedirle es un poco especial, así que, faltaría más, estoy dispuesto a pagar sus servicios a una tarifa especial. Le pediría que llevara once rosas blancas a un lugar bien indicado en el mapa que le adjunto en el anexo. Le ruego que contacte conmigo si tiene alguna duda relacionada con esta carta. Quedo a la espera de sus indicaciones para realizar el ingreso. Gracias por adelantado. Cordialmente, K.

—Baja un poco para ver mi respuesta —dijo Anka.

Mientras Dijana leía, Anka permaneció a su derecha observando su rostro.

> Apreciado señor, desgraciadamente no estoy en situación de poder satisfacer su petición. Solo visito cementerios y tumbas de personas con nombre y apellidos. Incluso esto es demasiado, pues también me crea problemas. No puedo llevar flores a un prado, a unas personas que no sé quiénes son. Y tampoco sé si allí hay alguien enterrado. Por lo visto solo lo sabe usted. Lo siento. Atentamente, Anka Kelava.

—Baja un poco más…

> Apreciada señora Kelava, respeto sus principios, solo puedo decirle que en ese lugar están enterradas unas personas totalmente inocentes, lo demás lo dejo a su conciencia. Atentamente, K.

> Apreciado señor, no me interesan sus motivos ni objetivo final, pero si está diciendo que sabe dónde están los restos de esas personas, le ruego que contacte con la policía u otra autoridad. Después podrá contactar conmigo de nuevo, si lo desea. Muy agradecida, A.

> Solo le tengo a usted. Cualquier otra persona lo interpretaría mal.

—¿Cuándo recibiste esto? —preguntó Dijana tras un breve silencio.

—Ahí lo pone… Unos ocho o nueve días antes de que nos

rompieran la ventana.

—¿Esto tiene que ver con la ventana? ¿Qué tiene que ver?

Anka le contó que un atardecer húmedo y ventoso, con la ayuda del papel en el que había dibujado con detalle el camino, llegó al lugar que el misterioso cliente había marcado con una equis roja. Era un campo abandonado, rodeado de pinos esbeltos entre los que se posaba la niebla. Hacia el norte, a unos veinte pasos del lindero del bosque, estaba el lugar, esa supuesta tumba. No observó nada extraño, ninguna señal, ninguna huella ni olor. Se arrodilló en la tierra mojada buscando una grieta, cualquier cosa que distinguiera del resto aquel pedazo de prado. Al día siguiente, sin embargo, regresó con once rosas blancas, las colocó una al lado de la otra y las fotografió. En las fotografías, de fondo, se veía también el bosque y un estrecho camino que zigzagueaba entre los árboles. Por la noche le envió al misterioso hombre tres fotografías y la factura con un cincuenta por ciento de recargo, aunque no sabía por qué había decidido cobrar más. Tres noches más tarde una piedra les rompió la ventana. El remitente del correo electrónico, sin embargo, todavía no había dado señales de vida: ni se lo había agradecido, ni le había pagado. No había contestado a dos mails de Anka, el segundo en un tono muy desagradable. Estaba enfadada, asustada e indefensa. No volvió al lugar señalado.

—Quizá alguien que entienda de esto pueda dar con él a través de la dirección electrónica —dijo Dijana.

—Sí, quizás, pero no conozco a nadie que entienda de esto y a quien me atreva a enseñar estos correos.

—¡Se los tienes que enseñar a alguien! Esto va en serio. No sabes en qué te puedes haber metido. Puedes acabar mal tontamente —prosiguió Dijana y repitió—: ¡Se lo tienes que enseñar a alguien!

—¿Te refieres a la policía?

—La policía o alguien… Alguien en quien puedas confiar…

—No puedo confiar en la policía.

—¿Quién podía saber que llevaste las rosas a ese lugar? ¿Cómo pudo enterarse alguien?

Hacía varios días que Anka solo pensaba en eso, pero no tenía una respuesta. ¿Alguien la había seguido? ¿Por casualidad alguien la había visto? ¿O alguien había pasado por allí antes de que nevara, vio las flores y lo relacionó con Anka? Llevaba un año

visitando las tumbas, hacía meses que aceptaba encargos de ortodoxos y musulmanes y, sin embargo, la piedra entró volando en su comedor solo después de que dejara once rosas blancas en un lugar junto al bosque de las afueras. No podía tratarse de una casualidad. Pero ese hombre que está al otro lado podía ser cualquier persona, de hecho no sabía nada sobre él, podía reenviar las fotografías a cualquiera y con cualquier motivo, podía ser que estuviera chantajeando a alguien, quizás trabajaba en la administración de quién sabía qué país. O quizás se trataba solo de un chiflado, un maníaco.

—Tienes que enseñárselo por lo menos a tu madre —dijo Dijana en tono amigable, como una hermana mayor—. Es una mujer razonable. Además, ella también se ha visto involucrada. Ahora no puedes decir que esto es solo asunto tuyo.

—Nos hemos distanciado —dijo Anka—. Nos distanciamos cuando el viejo dejó de dar noticias. Supongo que le daba vergüenza. Me evitaba. Cuando volví de Zagreb nos distanciamos todavía más. Se pondría histérica conmigo. Solo me faltaba eso.

—Quizás conozca a alguien que pueda ayudar. Lleva aquí toda la vida, tiene que conocer a alguien.

—Ella no conoce a nadie. Rompió con todo cuando el viejo nos abandonó. Se jubiló y rompió con todo su entorno. Para que hubiera menos cosas que le recordaran a él. De ella no puedo esperar ayuda… Solo puede complicarlo todo aún más.

Durante los primeros doce meses en los que Ivan dejó de dar señales de vida, Ruža Kelava no mostró de ninguna manera y ante nadie que algo estaba ocurriendo. Solo a su suegro Mijo, a Marko y Anka no pudo escondérselo. Mijo no hizo muchas peguntas, no se lamentó ni se lo recriminó. En el rostro de su nuera veía las noches que pasaba llorando y en la ciudad repetía las mismas mentiras sobre por qué Iko no iba a casa para Pascua y Navidad. Marko y Anka estaban en Zagreb. Su padre también dejó de llamarlos. Ruža no sabía qué decirles.

—Dios mío, ¿cómo es que no viene nuestro Iko? Todos vienen, solo él no viene —dijo en una ocasión Luca, mientras sorbía la sopa de su plato. A Ruža se le saltaron las lágrimas al instante y salió volando de la habitación. Se pasó largo rato llorando en el baño.

—¡Como hagas esta pregunta una vez más te echaré de casa!

Aunque seas mil veces mi hermana. Lo haré, te lo juro por la sangre de Cristo… —gruñó Mijo en voz baja.

Ella no levantó la cabeza del plato. Nunca más volvió a preguntar. Al día siguiente encontró en algún lado una vieja agenda de Ivan con las páginas en blanco y los niños del vecindario le llevaron un lápiz: cada noche dibujaba unos cuantos pájaros, no se sabía de qué especie, pero siempre parecidos y del mismo tamaño, colocados en filas regulares. Ya había llenado tres cuadernos con sus pájaros. Los guardaba cual ducados de oro para los días negros en el fondo del baúl, debajo de la ropa que había escogido para su entierro, debajo del traje, la camisa y los calcetines que atesoraba desde hacía casi setenta años para el entierro del maldito Jozo, hombre con quien se casó y que cinco meses después, vestido con el uniforme del ejército ustacha, desapareció para siempre en algún lugar de Eslovenia o de Austria. Todo lo que quedaba de él era ese traje, una fotografía y la alianza delgada como un hilo.

En Duvno comenzaron a correr rumores. Iko Kelava había perdido todo su dinero. Le dio lo que tenía ahorrado a un compatriota para empezar un negocio y aún pidió prestado y desde aquel día nunca más había vuelto a ver ni saber de ese colega, había desaparecido del mapa y, puesto que Iko debía dinero, había huido, estaba avergonzado, no llamaba a nadie, no estaba acostumbrado a tener deudas, nadie sabía dónde estaba ni qué había sido de él. Iko Kelava se había vuelto loco, a sus años, se había quedado sin un céntimo, se había liado con una joven divorciada, con dos o tres hijos, alemana, vivía en su casa, no se veía con nadie, nadie sabía a qué se dedicaba ni de qué vivía. Tampoco salió muy entero de la guerra, le cambió, luego se hundió la empresa, se quedó sin empleo, después trabajó en la obra. Y la obra no era para todo el mundo, ahora estaba totalmente ido, que Dios nos ayude. Los rumores les iban llegando a Ruža, al viejo Mijo, incluso a Anka y a Marko en Zagreb. Ellos los oían y se los iban tragando como se traga uno la llave de una cerradura secreta, hasta que el estómago empieza a arder de dolor y desasosiego.

Cuando pasó ese largo primer año Ruža solicitó la prejubilación. Se despidió de las dos compañeras más jóvenes en la biblioteca municipal donde había trabajado toda su vida, llegó a casa y le comunicó a su suegro que el domingo por la mañana salía de viaje.

—Esto no puede continuar así… Sea lo que sea tengo que verle, me lo tiene que decir a la cara —dijo para justificarse.

—¡Iré contigo! —Decidió al momento Mijo—. Te será más fácil, conozco bien Múnich. Y hablo un poco la lengua…

Ruža permaneció callada. La había sorprendido.

—¡No puedo dejarte sola! —exclamó Mijo sin darle la oportunidad de protestar.

Tomaron asiento en un autobús a Múnich a rebosar. Todos los miraban, todos conocían su pesar, nadie preguntó nada. Y así durante unas doce o trece horas, en silencio y disimulando la vergüenza. Tenían donde dormir y comer, Múnich estaba lleno de familiares y paisanos, pero no querían ponerse en contacto con nadie, no contarle ni callarle nada a nadie. Alquilaron dos cuchitriles en una pensión barata junto a la estación de trenes. Durante veinte días y veinte noches visitaron las obras y las viejas tabernas de madera, preguntaron a los frailes y taxistas de su tierra, enseñaron su fotografía, decían: «Un hombre corpulento, de espaldas anchas, bien vestido». Paraban a los transeúntes y a la gente que salía de misa. El vigesimoprimer día se lo encontraron de frente en una bocacalle. Aminoró el paso con cautela, se vio obligado a detenerse. Hacía frío y no había nadie a su alrededor. Ivan se acercó a su padre, le dio la mano y dos besos. Le tendió la mano a Ruža, ella la aceptó y él la abrazó más fuerte que nunca. Entraron en la primera cervecería que encontraron. Nadie prestó atención al hecho de que estuvieran sentados a la mesa llorando, excepto un camarero algo mayor que les trajo la bebida, un albanés de Prizren. Se acercó a ellos tres veces para preguntar si todo estaba bien y para ofrecerles ayuda con dinero, contactos o lo que fuese.

Mijo salió de la cervecería una hora más tarde. Ivan y Ruža se quedaron solos dos horas más, callados.

—Contactaré con Marko y Anka en cuanto levante cabeza. ¿De qué les sirvo así? —le dijo a Ruža al despedirse.

—¡Debería darte vergüenza! —dijo ella y se fue. Ya no había ni lágrimas.

Fueron trece horas de silencio de regreso a una vida marcada para siempre. Durante todo el viaje no dejó de llover. Cuando se quedó dormida con la sien pegada a la ventana, Mijo la tapó con su abrigo hasta la barbilla. Le asustaban sus sacudidas durante el

sueño.

—¿Y te llamó alguna vez desde que os dejó? —preguntó Dijana sorprendiendo a Anka.

—¿Quién, el viejo? Llamó un par de veces en los últimos cuatro o cinco años. Casi siempre borracho.

—A Marko solo le llamó una vez. Le dijo que no le volviera a llamar nunca más. Y no lo ha vuelto a hacer.

—Es mejor así. No tiene nada que decir. Es un cobarde. ¿Marko también es así?

—…

—Perdona, pregunto demasiado. Mira el correo. Tendrás que volver abajo —le dijo Anka interrumpiendo sus pensamientos.

Dijana se acercó a la pantalla y leyó lo más rápido que pudo, con el fin de que su vergüenza se prolongara lo menos posible.

> Querida Dijana, durante tiempo he temido el día de hoy y a la vez durante todo este tiempo he fantaseado y deseado que llegara cuanto antes el día en el que nos veríamos de nuevo, aunque fuera por poco tiempo, como suponía que iba a ser. Solo ese vuelo más… Cuando vinieras, lo sabía, sería porque el libro ya estaría terminado y ya no habría necesidad de comunicarnos, sería una especie de despedida, pero sin embargo no podía dejar de creer en un milagro, un día y una noche son suficientes para que se produzca un milagro, para un cruce de miradas y un roce casual, que lo cambiaran todo. ¡Sin embargo, la nieve! ¿La nieve lo ha interrumpido o lo ha aplazado todo? El final no puede, no debe ser así: que entre nosotros se interponga la blancura, que cada uno se quede en su orilla de lo no pronunciado, poner un punto ahí. No puedo permitir un final como este después de todo lo ocurrido.
>
> Creo que la nieve cayó justo por eso y no se irá pronto, supongo que para concedernos más tiempo, para que estemos preparados como debe ser para el encuentro. Para que reflexionemos o dejemos al azar un final adecuado, o que provoquemos la chispa que encauzará los acontecimientos en la dirección correcta. O las tres cosas a la vez.
>
> Dijana, tú sabes bien cuál es mi estado de ánimo desde el momento en que te conocí. No soy capaz de olvidar aquella euforia al tenerte cerca, aquella alegría al pensar en ti. Me gustaría que tan solo comprendieras cuánto se ha jugado un inocente muchacho de Livno, hasta qué punto ha jugado con

su vida, con todo lo que le importa. Con que comprendas esto basta.
Tuyo, Lj.

Dijana le pidió a Anka que la dejara sola unos minutos. Tenía que hacer una llamada. Anka obedeció. Entonces Dijana se levantó y abrió la ventana de par en par. El viento hizo entrar unos copos de nieve que se le pegaron al pelo y a la piel. Cerró los ojos, respiró profundamente y dejó que el aire frío la calmara. Deseó fumarse un cigarrillo, pero había dejado la cajetilla en la mesa del comedor. Cerró la ventana y sin sentarse marcó el número de fray Ljubo. El teléfono sonó, pero él no contestó. Fray Ljubo no podía resistirse a ser banal, como es banal la gente entusiasta. La inteligencia no tiene nada que ver con ello. Volvió a marcar enseguida. Tenía que contestar. Atendió reservado, cual funcionario de una centralita de una estación de trenes.

—Pensaba que habíamos terminado con este tipo de cartas hacía tiempo —le reprochó—. Pensaba que lo habíamos dejado atrás. No he tenido en cuenta que estás obsesionado, que no eres capaz de comprender. Y lo que resulta más trágico en un hombre como tú es que no eres capaz de comportarte razonablemente.

Fray Ljubo esperaba que ella actuara con más humildad. Estaba convencido de que había tomado conciencia de la nueva dirección que habían tomado las cosas. Debió darse cuenta que la nieve y el estado de fray Ivo habían dado un giro a su relación. «¿Por qué no entendía ella que ahora le tocaba jugar las cartas de la humildad y la sumisión?», pensó fray Ljubo, mientras permanecía callado con el auricular en la mano.

—No importa las cartas que tienes, sino cómo las juegas. Esta es tu filosofía, ¿verdad? —dijo fray Ljubo finalmente.

—Tal vez… Creo que no es casualidad que utilices la metáfora del juego. Eres un tahúr frustrado. Para ti no existe nada excepto la ganancia o la pérdida. Sé de qué hablo, mi padre es un tahúr. Un tahúr malo.

—Es la primera vez que mencionas a tu padre. A tu madre la habías mencionado, pero a tu padre no. No sabía que era un tahúr…

—Mi padre no importa… Tengas las cartas que tengas, desde el cielo o la tierra, esta partida no la puedes ganar. Sigo resistiéndome

a pensar que no eres lo suficientemente inteligente para entenderlo.

De nuevo permaneció callado. A ambos lados se oía silbar el viento y el temblor de las ventanas. La noche sería salvaje e idílica y la gente, encogida de miedo, escucharía con atención los aullidos de los lobos que el viento traería desde el monte Vran. Se van apagando las luces, amortiguadas por las cortinas de nieve.

—¿Cómo está fray Ivo? —preguntó Dijana.

—Se ha vuelto a acostar. Siente los brazos y las piernas débiles. Todo él está muy débil.

—Y tú te has aprovechado de su debilidad para una pequeña venganza personal, ¿verdad? ¡¿No has sido tú quien le ha escrito y endosado el nuevo prólogo?!

Dijana adoptó el tono de voz de antes. Fray Ljubo se sintió atacado. Ya no pudo reprimir la rabia.

—¡Yo no le he endosado nada a nadie! ¡No soy un impostor y no me acuses nunca jamás! ¡No soy un manipulador, a diferencia de ti! ¡Yo no le he endosado nada a nadie!

Nunca le había oído hablar así. Perdía la voz ante la imposibilidad de articular la agresividad que por fin brotaba de él. Era la primera vez que perdía el control por completo. Todo se agitaba y revolvía en su interior. Estaba al borde del llanto.

—Está bien, tranquilízate —dijo Dijana, puesto que no tenía ganas de escuchar sus gemidos—. Está bien, está bien… No quiero acusarte, tranquilízate, por favor… Esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—No me crees —dijo fray Ljubo ya más sereno.

—No me das razones para creerte.

—¿Qué razones puedo darte?

—¿Por qué iba a creer que ha sido fray Ivo quien ha escrito el prólogo y no tú?

—Pues, por ejemplo, porque él mismo te lo ha dicho. Te lo dijo muy claramente, yo estaba a su lado. ¿Crees que él no está detrás de lo que te ha dictado? ¿Cómo te atreves después de todo a pensar así de fray Ivo?

—Todos sabemos en qué estado se encuentra fray Ivo… Seguramente no debió resultar difícil convencerle de que hiciera algo así… —dijo sin rendirse.

—A pesar de todo fray Ivo no se encuentra en el estado en el que

tú piensas, está lúcido y cuerdo. Tú misma lo has visto cuando hablabas con él, ¿no es verdad?

—Quiero volver a hablar con él.

—Se lo preguntaré, pero soy escéptico al respecto. Te diré algo. Adiós, Dijana.

—No seas escéptico. Quiero hablar con él.

Nada más colgar Dijana marcó otro número. Llamaba a su madre. Marija Lovrić estaba a punto de ducharse, para a continuación leer algo distraído y ponerse a dormir. Su conversación resultó menos reservada de lo habitual. Marija se mostró más preocupada e interesada. Preguntó por el tiempo, la situación en la carretera, el estado de su coche. También le preguntó a Dijana dónde iba a pasar la noche y ahí se detuvo.

Hacía aproximadamente un año, cuando Marko aún trabajaba en la redacción del periódico, Marija y él se enzarzaron en una discusión durante la comida de cumpleaños del padre de Dijana, Nenad. Celebraba los sesenta y seis años, Marija había preparado ternera con patatas y sentados a la mesa, además de Dijana y Marko, estaban también Davor Lovrić, el hermano mayor de Dijana, su mujer Jelena y su hija de once años, Maja, así como la hermana de Dijana, Sanja, seis años menor que ella, y su marido, Darijo. Marija no se pudo contener: le reprochó a Marko un artículo que acababa de publicar. Le había afeado la conducta al marido de una amiga suya, director de compras de una empresa estatal de electrodistribución. Disparaban saliva de sus lenguas y labios en una y otra dirección. Marko tartamudeaba como un colegial lleno de granos apremiado por la necesidad de exponer cuanto antes todos sus argumentos y acusaciones irrebatibles. «Un ladrón, un criminal, un ladrón, un criminal…», repetía Marko, y Marija respondía que para los periodistas como él todos los hombres de éxito eran unos ladrones y unos mafiosos. «¡¿Quiénes os pensáis que sois vosotros para destruir las vidas y las carreras de los demás?! ¡¿Qué os pensáis tú y los que sois como tú?! ¡¿Qué os creéis que sois?!». Marko le contestaba con un «nosotros no robamos, a diferencia de vuestros amigos, nosotros no robamos, no robamos, no somos ladrones», pero ella no le daba tregua: «¡¿Qué os habéis creído?! ¡¿De dónde habéis venido para hablarnos a nosotros de moral?! ¡¿Qué os creéis para llamarnos ladrones en nuestra propia

casa?!». El homenajeado se escapó rápidamente al baño, mientras que los demás invitados no pudieron detener la avalancha de palabras duras, hasta que Marko se puso de pie y salió a toda prisa de esos cuarenta metros cuadrados en la parte oeste de la ciudad, lo único que había quedado, aparte de la casa del padre de Marija en la isla, tras treinta y cinco años de locura ahogada de Nenad Lovrić. Desde aquel día Marko ya no pisó más esa casa con vistas a los amplios y coloridos centros comerciales, oasis de felicidad en una ciudad malhumorada. Firmaría mantener de por vida esa distancia de seguridad con la madre de Dijana, pero sabía que se había propasado. Dijana nunca le dijo nada sobre el tema. Dejó que se olvidara. En esa discusión Marko intentó aferrarse por última vez al trabajo, que cada vez le resultaba más ajeno y le producía más rechazo, lo intentó en un lugar equivocado, de la manera equivocada y con la gente equivocada. Después de aquello Marija conseguiría reprimir su deseo de preguntar por Marko. No iba a dar el primer paso. Al fin y al cabo se suponía que estaba en su derecho después de tantos años de doblegarse y adaptarse a los demás.

—¿Qué hace el viejo? —preguntó Dijana.

—Está viendo la televisión…

—¿Ha vuelto a pintar?

—No.

—Realmente no lo entiendo… Nenad ha invertido tanto esfuerzo en el tema del estudio y de hecho no lo usa para nada.

—No, no va. ¿Quieres que te lo pase?

—No, ahora no puedo. Pero está loco.

—Cuídate y recuerdos…

Marija entró en la sala de estar y le dijo a Nenad que Dijana había llamado desde la casa de Marko en Duvno. Había mucha nieve y no podía proseguir el viaje.

—Ha preguntado si ibas a pintar al estudio. Está molesta porque no vas…

—Le pediré perdón… No ha sido una buena idea.

—¿Por qué no?

—No tengo nada que pintar. No sé por dónde empezar. No hay nada que me apasione. ¿Quieres más argumentos?

—Pero habías pensado que sí que podías, ¿verdad?

—Me equivoqué. No puedo.

—De acuerdo. No es lo peor que pueda pasar en este mundo. Pero creo que tanta televisión te está consumiendo…

—Estaré bien, no te preocupes.

—Si por lo menos salieras un poco y te vieras con gente…

—Estoy bien así… De todas formas tú me cuentas todo lo importante. Y con otros no tengo nada de qué hablar.

—Eso es lo que piensas tú…

—Es así… Quién se sentaría con alguien con quien no tiene nada de qué hablar…

Marko Kelava recorría el pasillo del hospital de arriba abajo con el móvil pegado a la oreja. Le reproducía a Sten las palabras del doctor Jurić. La operación había ido bien. Le habían implantado dos estents en la arteria coronaria. Ahora todo iba bien, aunque debían esperar a que Žarko se despertara y transcurrieran un par de días. De momento no había ninguna razón para pensar que las cosas no fueran a ir bien. Tendrá que cambiar bastante su estilo de vida, no podrá seguir como hasta ahora. Sten le interrumpió, no le interesaba el futuro lejano. Le preguntó a Marko quién más había en el hospital. Le contestó que había estado la señora Zrinka acompañada de un hombre. Tuvo que describirlo detalladamente. Sten dijo que ese era Zoran Mlinarić, un famoso usurero de Zagreb.

—Le va cobrando los intereses a Žare mientras se folla a su mujer —dijo.

—¿Me quedo aquí o ya me puedo ir?

—Puedes irte.

—Mañana libro.

—Te llamaré si me haces falta y ni una palabra a nadie. Lo mejor es que apagues el móvil.

Marko no dijo nada, pero ni se le pasaba por la cabeza apagar el móvil. Mientras descendía las escaleras desgastadas por las pisadas de congoja y esperanza pidió un taxi. La nieve todavía no había cuajado sobre el asfalto, aunque no pasaría mucho tiempo hasta que las carreteras se vistieran de blanco: los copos de nieve ya no eran tan poco convincentes e indecisos. El taxi llegó muy rápido, antes de que Marko decidiera dónde quería ir. Todavía no eran ni las diez. Tenía que elegir entre el piso que tenían alquilado Dijana y él en Trešnjevka, o la casa de Martina en la otra punta de la ciudad, en Novi Zagreb. El taxista se volvía cada dos por tres hacia él con su

mirada interrogativa. No se mostraba comprensivo con las dudas de Marko. Era viernes por la noche. Hacía frío y el ambiente era húmedo, el canal de radiotaxi estaba sin apagar y una voz masculina no cesaba de enumerar direcciones; de repente todo el mundo quería ir a algún sitio. Marko no era consciente de su suerte al haber conseguido un taxi tan rápidamente.

—Trešnjevka, junto al mercado —dijo finalmente.

Se cruzaron con otros taxis, coches de policía y unos pocos tranvías. Transeúntes con paraguas paseaban a sus perros para que aliviaran sus necesidades nocturnas, unos cuantos jóvenes borrachos vociferaban cánticos de fútbol alzando en alto el brazo derecho, en el otro carril y tras las ventanillas subidas de un coche deportivo retumbaba una música hortera, sus dos pasajeros se reían y movían los hombros al ritmo de la melodía, el edificio iluminado del Teatro Nacional, las luces que parpadeaban al ritmo de los parabrisas, los edificios de oficinas con las luces apagadas, los escaparates ciegos de los negocios que habían echado el cierre, los alegres basureros que hacían ruido con los cubos mientras los vaciaban en las fauces de un omnívoro verde, un chico y una chica besándose en la parada del tranvía, mientras a su lado caminaba despacio un hombre con una bolsa de plástico blanca en la mano, la soledad andante. Marko sacó el móvil y le escribió un SMS a Dijana: «En taxi camino a casa. Se acabó por hoy. ¿Qué tal por allí?».

En el piso hacía calor. Se descalzó y se puso las zapatillas, encendió el televisor, se estiró en el sofá y prendió un canuto. Miró el móvil que tenía sobre la mesita junto al sofá, pero todavía no había respuesta de Dijana. Habían pasado por lo menos veinte minutos. Esta era una de esas bolas inofensivas de las que se formaba un alud de rabia, tristeza y miedo en proporciones variables, inmensurables. Cogió el móvil y la llamó. El teléfono sonó y ella no contestó. Cuando las cosas se desvían tan solo un milímetro de lo que se espera, los accesos se cierran, se activan los pensamientos oscuros, solo se ve con claridad la muerte y el dolor, la caída en el abismo, el espasmo. Respiraba con dificultad. Intentó aferrarse a algo real. Solo necesitaba una prueba de que la vida discurría con normalidad, algo simple y palpable con que ocupar sus pensamientos. La marihuana diluía el monolito de la furia, aunque en ocasiones alimentaba ideas catastróficas y desesperadas.

Marko tecleó el número del teléfono fijo de Duvno. Ruža se apresuró hacia el pasillo al oír sonar el teléfono.

—¿Qué pasa, por qué Dijana no contesta a mis llamadas? —preguntó nada más descolgar Ruža el teléfono.

—Nada, estamos sentados a la mesa… No sé…

—¡Pásamela!

Inspiró una gran bocanada de aire, se encontraba mejor. El espasmo remitía.

—Hola, qué pasa —le dijo ella.

—No has respondido a mi mensaje, no me dices nada…

—Tengo el móvil en el bolso en silencio. Estábamos hablando y no he mirado el bolso. ¿Qué ha pasado?

—No, nada, estoy en casa. No contestabas y…

—Todo bien… Excepto que nada está bien…

Le contó lo que había hecho fray Ivo. Marko no lo consideró tan dramático. Le dio tiempo, pero él no cambió de opinión. Fray Ivo era el editor en jefe, era la obra de su vida, tenía derecho a escribir el prólogo que quisiera sobre aquello que conocía mejor que nadie. Era su libro, repitió. Dijana dio un respingo. Le molestaba que él no apoyara su sensación de que era víctima de una estratagema, pero tuvo que detenerse. Si hubiera dicho una palabra más hubiera llegado hasta fray Ljubo y la duda sobre su indemostrable complot motivado por la relación entre ambos, de la cual Dijana jamás le había hablado a Marko. Y si no lo había hecho antes tampoco lo haría ahora, cuando la relación ya había llegado a su fin, si es que tenía fin.

—Quiero decir, qué más te da. Tú ya has cumplido con tu parte, sea con el prólogo nuevo o con el viejo. Que lo solucione el señor dueño con el guardián. El libro está terminado, ¿no es así?

—No es tan sencillo… Pero da igual.

—A mí me parece precisamente muy sencillo, pero quizá no lo pillo, no sé…

—No importa, olvídalo. ¿Cómo está Žarko?

—Parece que saldrá de esta.

—Si mañana han limpiado las carreteras regresaré a Zagreb. Fray Ivo me ha dicho que no hace falta que viaje a Šćit.

—¡Qué buena noticia! Aunque no estoy seguro de que allá abajo limpien la nieve tan rápido.

—Bueno, ahora ya no nieva… Aunque parece que hace más frío.

—¿Te acuerdas de aquel graffiti? «De noche hace más frío que fuera».

—Sí, lo recuerdo. —Rio.

—Vuelve al comedor, cogerás frío. Hablamos más tarde. Que se ponga mi vieja un momento…

Se oyeron las puertas, un rumor de voces y los pasos de su madre al acercarse.

—¿Todo bien? —le preguntó a su madre.

—Sí… Pero dime qué es exactamente lo que le contaste sobre Iko. Para no esconderle lo que ya sabe…

—Muy poca cosa, casi nada… Que se marchó a trabajar a Alemania cuando cerró su empresa, que los primeros años todo estuvo en orden, que luego de repente dejó de dar señales de vida, hace ya unos años, que tiene a otra. Sabe también que no me hablo con él. Eso es todo, más o menos.

—De acuerdo…

—¿Se ha acostado el abuelo?

—Todavía no.

—¿Está muy pesado?

—Bueno, bastante…

—No le dejes, por Dios… ¿Qué hace Anka?

—Nada, está aquí con nosotros. Está todo nevado, así que no puede ir a los cementerios… ¡Gracias a Dios!

—Dejad que haga lo que quiera… ¿Qué problema le veis a ese trabajo?

—Ningún problema, está bien —Ruža no quería seguir hablando.

—Venga, ya hablaremos, que hace frío en el pasillo…

Marko se estiró en el sofá y buscó en el móvil la fotografía que le había enviado Martina. No podía dejar de mirar la curva suave que viajaba desde su muslo hasta el poco profundo y delicado valle de la ingle, que a continuación se elevaba discretamente hacia el borde del vientre. Los cuarenta centímetros más excitantes del cuerpo de la mujer. Pura voluptuosidad y ternura. Le escribió un SMS a Martina: «¿Duermes?». Esperaba una respuesta rápida, tenía miedo de quedarse dormido antes de que le contestara. Y efectivamente llegó su mensaje: «Me estoy vistiendo, voy a salir.

Buenas noches». Fue un puñetazo en el plexo. Le molestó que la adrenalina le recorriera a toda presión las venas por un motivo tan burdo y esperado. «¿Con quién?», se había mostrado más celoso de lo que debía permitirse. La respuesta no llegó hasta pasados unos largos cinco o seis minutos. «Con alguien que no tiene miedo de verme en vivo». Estaba distante. «¿Un hombre?», le escribió. No hubo respuesta. Pensó que se había propasado. «Era broma». Tampoco hubo respuesta. Le torturaba de manera poco imaginativa pero eficaz. Una y otra vez se sentía vencido por darse cuenta de que lo que más profundamente le perturbaba eran los desafíos más básicos, que lo convertían en un payaso sin dignidad ni consideración. Como un perro que no es capaz de aprender a resistirse a su instinto. Eran en balde todos los libros, las escuelas, la educación, la madurez, el sentido común, el aprender de los más inteligentes: toda esa mezcla acababa en agua de borrajas. Todavía no había respuesta.

Luca entró en el comedor pálida como un fantasma en un camisón blanco que le llegaba hasta los tobillos. Su pelo era escaso y canoso, estropeado por el pañuelo negro que durante la mayor parte de su vida solo se había quitado de noche, en la cama. Mijo salió de su duermevela, Ruža, Anka y Dijana callaron. La vieja, ahora más pequeña y transparente, llevaba en las manos un cuaderno grande y ancho de tapa dura color gris. No se percataba de nada ni de nadie, tampoco de los refunfuños de Mijo y las miradas que le clavaba. Se acercó a Dijana y dejó el cuaderno en su regazo.

—¡¿No te da vergüenza, hacer el ridículo así?! —La voz de Mijo era ahora más fuerte, se le oía con claridad.

—Llévale esto a Marko… —dijo—. Es suyo.

—¡Vete al diablo con tus pájaros! —la imprecó el viejo desde su sillón mientras Luca salía de la habitación.

—Déjela, no pasa nada —dijo Dijana.

Abrió el cuaderno y vio las filas regulares repletas de minúsculos pájaros con las alas extendidas. A medida que pasaba las páginas los pájaros aprisionados se multiplicaban, centenares y miles de pajaritos dibujados con una fe paciente y simple.

—¿Cuándo empezó a dibujar estos pájaros? —le preguntó Dijana a Ruža.

—Cuando papá se fue —contestó Anka en lugar de su madre.

Se hizo el silencio. Ruža y Mijo bajaron la mirada.

—¿Por qué dibuja pájaros? —preguntó Dijana dirigiéndose esta vez a Anka.

—¡Está loca, jobar, por eso dibuja! Lleva toda la vida loca —dijo el abuelo, adelantándose a la nieta.

—Dibuja pájaros porque cree que nos traerán noticias de papá, que nos lo devolverán —dijo Anka.

—No hace más que tonterías —se inmiscuyó Mijo—, tonterías que también hacía cuando Jozo no regresó. Siempre se empeña en ir a contracorriente…

Por las noches Luca salía en camisón, envuelta en una manta, y daba vueltas alrededor de la casa llamando a su Jozo. Como si cada noche esperara a que alguien viniera a buscarla, helada y asustada por sus propias esperanzas. Así durante años, aunque tanto los vecinos de Duvno como las autoridades pronto perdieron el interés en escuchar los lamentos nocturnos de Luca Meštrović: se repetía, siempre lo mismo, palidecía como una fotocopia, y pronto dejó de salir. Otros también sufren y lo pasan mal y aun así no hacen el ridículo, no despiertan al vecindario, no intimidan a la gente honrada con su dolor. La gente sufre, lucha, vive y muere.

—Te voy a hacer un té —le dijo Ruža a Dijana.

—Yo también me tomaría uno… La tos me está matando —intervino Mijo.

Ruža no dijo nada. Que el abuelo se tomara un té implicaba que no se iría a dormir hasta pasada por lo menos media hora. Era evidente que quería darse importancia, siempre tenía algo que decir. Dijana era la primera novia de Marko que estaba en su casa, a su mesa. Tenía que aprovechar la ocasión. Tenía cosas que decir, había visto de todo, había trabajado en media Alemania, había ganado dinero y prosperó. Cuando hacía más de treinta y cinco años había muerto su joven esposa Kata, abuela de la que Marko no guardaba memoria, Mijo Kelava se dedicó todavía con más ahínco a trabajar y a acumular dinero. Pagó los estudios de su único hijo en Zagreb, le compró un coche, no dejó de enviar marcos alemanes a su hermana Luca y a su otra hermana, Mara. No hizo lo mismo con su tercera hermana, Janja, pues estaba bien casada en el Canadá. Así encontró un motivo para no llevar una vida de perros, no

dedicarse al juego y a la borrachera. Pero entonces todo dio un vuelco cuando ya era tarde para rendirse. Todo se hundió de manera imparable en unos cuantos años. Estalló la guerra, se colapsó el Estado, también los bancos y los ahorros en divisas, y luego pasó lo de Iko. No era poca enseñanza, pero Mijo Kelava no tenía palabras para expresar su sabiduría acumulada. Solo se aferraba a este lema: «Estar a bien con todos». Esperaba que un día empezara a fluir de él, madurara y fluyera como el líquido de una ampolla reventada. Pero eso no quería salir, se iba enquistando en su interior.

—Yo ya dormiré aquí en el sofá y tú, Dijana, dormirás arriba en la cama de matrimonio —dijo Ruža mientras ponía a calentar agua para el té en una cazuelita azul con el esmalte picado.

—No, no, ya dormiré yo aquí —protestó Dijana.

—¡Ni hablar! —exclamó Ruža—, que yo de todas formas duermo mal. Siempre me despierto la primera. Tú intenta descansar bien. Solo tendré que cambiarte las sábanas.

—Yo preferiría que Marko no se hubiera metido en la prensa —dijo Mijo consciente de que aquella noche ya no dispondría de mucho más tiempo—. Vaya trabajo de mierda. Siempre habrá alguien a quien no le gustes… Eso no es para Marko. Y tampoco es para ella —con la nariz apuntó a Anka— ir de tumba en tumba por cincuenta euros de mierda. Como si en esta casa no hubiéramos pasado ya bastante vergüenza y solo nos faltara eso…

Anka se levantó y sin decir palabra se dirigió hacia la puerta. Mijo le gritó que no sabía hacer otra cosa que huir, que era igual que su padre. Ella le oyó. Por un momento aminoró el paso y se detuvo, pero luego prosiguió. Cerró la puerta tranquilamente tras de sí y se quedó quieta al otro lado. Pudo oír cómo el abuelo todavía repetía que ella solo sabía huir, escapar y discutir, obstinarse, como si estuviera sola en este mundo, como si no hubiera nadie que pasara vergüenza por ella. Luego se hizo el silencio. Anka subió las escaleras.

—¿Qué te ha de importar lo que hacen los otros? —Mijo volvía a Marko y el trabajo de periodista—. ¡Que hagan lo que quieran, tú a lo tuyo! No es un trabajo para gente honrada, pero bueno… Qué se le va a hacer.

Ruža y Dijana callaron de nuevo. Era mejor no decir nada. De

repente la luz parpadeó unos segundos, la televisión hizo lo mismo y a continuación se hizo la oscuridad. Una tenue luz llegaba a través de las ventanas llenas de nieve, se vislumbraban los oscuros contornos de los objetos y rostros. Toda la ciudad se había quedado sin luz. Pasaron un par de minutos hasta que en las ventanas lejanas se dibujaron las primeras velas titilantes. Ruža tanteó en la oscuridad. Intentaba recordar dónde había guardado las velas. La casa estaba llena de velas, Anka siempre tenía varios paquetes de repuesto, pero ahora no había ninguna al alcance de la mano. Encontró la linterna en el cajón de debajo del televisor.

—El viento habrá arrancado los cables en alguna parte… Esta noche no vendrán a arreglarlo —dijo Mijo resignado.

A Ruža le pareció que el viejo daba a entender que se iría a dormir antes de lo que había pensado. ¿Será posible que se vaya antes de decir todo lo que tiene preparado? Quizás, a pesar de todo, se habrá dado cuenta de que Dijana mañana tampoco podrá viajar. Dispondrá de tiempo para preguntarle todo lo que no le ha preguntado y darle algunos consejos para la vida enriquecidos con su vasta experiencia. Ruža encendió dos velas gruesas, una en cada lado de la habitación. La luz titilante iluminó el crucifijo metálico en una pared y una gran litografía de Virgilije Nevjestić en otra. Un carro tirado por caballos. En el carro iban niños y adultos, y detrás de ellos, tras las oscuras cimas, media naranja ardiente.

—¿Es de Nevjestić? —le preguntó Dijana a Ruža, sorprendida por no haberse percatado antes.

—Sí, de Virgilije. Es de aquí, paisano nuestro… De un pueblo nada más salir de la ciudad —dijo Ruža, que ya tenía ganas de hablar sobre algo normal y no tener que pensar lo que podía y lo que no podía decir.

—Mira tú qué nombre le pusieron… Como si hubieran sabido lo que iba a ser de él. —Mijo intentó avivar la conversación.

—El fraile le bautizó según el santoral —prosiguió Ruža animada—, su padre y su madre se olvidaron del nombre cuando iban de camino a casa, así que Virgilije de pequeño siempre fue Ilija…

Dijana se rio. Su padre conocía a Nevjestić, le había visitado dos veces en París, en una sola noche perdió a las cartas dos litografías.

—Es preciosa —dijo Dijana observando el cuadro poco

iluminado.

—Tenemos otra más pequeña arriba en la habitación —añadió Ruža.

El viento cesaba. Los intervalos entre una ráfaga y otra se volvían cada vez más largos e irregulares. Las velas ardían con una llama inmóvil. Mijo se dispuso a irse.

—Me voy a dormir. —Se levantó—. Quién sabe cuándo darán la luz… Nos vemos mañana, tú no podrás moverte de aquí —dijo dirigiéndose a Dijana—. Tengo que darte algo de dinero para Marko… Buenas noches.

El viejo anduvo con pasos cautelosos hacia la puerta a través de la penumbra. Al agarrar la manecilla de la puerta se escuchó un clic y las bombillas se llenaron de luz en un instante. Mijo vaciló, sin embargo abrió la puerta y se fue. Ruža apagó las velas y difundió el olor a cera quemada.

—Puedes fumar sin problema —le dijo a Dijana—. Cuando te acuestes ventilaré la habitación…

Dijana buscó enseguida la cajetilla. Le preguntó a Ruža si también quería uno. Ruža nunca había fumado. Iko sí, además fumaba mucho, pero Ruža nunca cayó en la tentación de acompañarle. Dijana dio las dos primeras caladas con fruición y depositó el cigarrillo en la ranura del borde del cenicero. Ruža se sentó en una silla a su lado.

—Quizás no debería… Pero creo que tengo que decírselo, tal vez se trate de algo peligroso —empezó a hablar Dijana.

Ruža tembló y palideció al momento. Por su cabeza pasaron los presentimientos más negros: enfermedad, muerte, desgracia, traición, engaño. Dijana le cogió la mano. Le dijo que se tranquilizara, que igual no se trataba de nada grave, pero pensaba que debía saberlo. Le contó lo de los correos del remitente desconocido, le dijo lo que finalmente hizo su hija, que después de ello les rompieron la ventana y que el desconocido, que firmaba con una K., no volvió a contactar con ella y tampoco pagó la factura. Ruža sintió cómo su espasmo se iba relajando. Volvió a respirar. Esperaba algo peor.

—No sabe quién es ese hombre… Quizás sin saberlo se ha metido en algo turbio, algo que no entiende —dijo Dijana—. Quizás alguien piensa que ella ahora sabe algo que no debería saber, ¿me

entiende? Debemos decírselo a alguien, hay que protegerse.

—¿Quién podía saber que ella llevó las flores a ese lugar? —se preguntó tranquilamente Ruža.

Dijana esperó a que Ruža se contestara a sí misma, pero no ocurrió. Los pensamientos la habían llevado a otra parte.

—Alguien que sabe qué hay en ese lugar, si es que hay algo —dijo Dijana—. La cuestión es cómo se ha enterado.

El móvil de Dijana sonó desde el bolso que colgaba del respaldo de la silla. Era fray Ljubo Pavlović. Cogió el móvil y salió al pasillo con una expresión de disculpa en la cara. El tono de fray Ljubo era frío y distante. Su voz se había suavizado y envejecido, como si se le hubiera escapado media vida, se le habían calmado las pulsaciones, le había vencido el cansancio, se había rendido. Le dijo que fray Ivo había entrado en un sueño febril y poco profundo, que había logrado transmitirle la petición de Dijana, pero fray Ivo no había dado muestra de haber oído las palabras de su joven ayudante. Fray Ljubo le había repetido que Dijana quería volver a hablar con él. En lugar de responder fray Ivo había cerrado los párpados. Dijana no dudaba de la veracidad del breve informe de fray Ljubo. Ahora solo quedaban ellos dos. Así tenía que acabar. Resultaba ingenuo esperar que el fuego se apagara solo y que nadie se quemara con él.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —le preguntó, rindiéndose.

—Conmigo no tendrás problemas —declaró fray Ljubo tras un breve silencio—. Haz lo que te mande tu conciencia. Decidas lo que decidas yo estaré de acuerdo, callaré hasta la tumba. Puedes estar segura de ello.

—¿Puedo estar segura de que fue fray Ivo quien escribió el prólogo nuevo? ¿Puedo estar segura de que no son tus pensamientos ni tus palabras?

—No estarás segura diga lo que diga. Además, eso no tiene importancia. Fray Ivo te dictó el texto y habló contigo lúcido. ¿No es así? Eso debería ser suficiente. Entiendo que quieras ponerte la decisión más fácil, pero creo que yo te la he facilitado lo suficiente. No me pidas más.

—No negarás que es razonable sospechar que todo esto es obra tuya. Tienes un motivo para crear complicaciones…

—Nunca conseguirás confirmar tus sospechas. Así que déjalo

estar. Puedes hacer lo que quieras. No habrá testigos incómodos.

—¿Excepto tú?

—Es como si no hubiera nadie.

Ahora que fray Ljubo se había despojado de la ambición, el orgullo y el miedo, hablaba cada vez con más soltura, con más confianza. Sonaba convincente, reflexivo, práctico.

—Me lo pensaré… Envíame, por favor, el prólogo completo.

—Te lo he enviado hace quince minutos. Todo queda en tus manos. Estoy convencido de que tu decisión será la acertada.

—Preferiría que esto no hubiera sucedido —dijo Dijana tiritando de nuevo de frío.

—A veces los milagros ocurren —dijo fray Ljubo riéndose.

A Dijana le sorprendió su risa. Ese sonido no le resultaba del todo desconocido, pero el recuerdo estaba lejos, relegado al trastero de los sonidos inusuales: se había reído así en un par de ocasiones durante sus primeros encuentros en Zagreb, y eso era todo.

—Te llamaré cuando decida lo que voy a hacer. De todas formas, muchas gracias.

—Adiós, Dijana.

Fray Ljubo se deshizo del hábito por encima de la cabeza y lo dejó encima del catre. Sacó del armario unas altas botas militares y una cazadora deportiva. Se dispuso a doblar con cuidado las perneras de su pantalón de pana para que cupieran en las botas. Durante largo rato estuvo atándose los cordones, se puso la cazadora sobre el jersey verde de lana, se ajustó la gorra negra hasta sus cejas pobladas, se tapó el cuello y las orejas con una bufanda y se llenó los bolsillos con los guantes de esquí. Se miró en el espejo. Salió de la celda, recorrió el pasillo, a continuación descendió las escaleras y recorrió otro pasillo que conducía hasta la pesada puerta de entrada del monasterio. Nadie le vio. Fray Ljubo abrió con la llave, cruzó el umbral y cerró el portón cuidadosamente. El viento trajo unos cuantos copos de nieve punzantes que se le clavaron en la barba. Era la primera vez que el joven fraile veía Rama tan calmado bajo el manto de nieve y perfectamente limpio, manso y amenazador al mismo tiempo: los dos inviernos anteriores que fray Ljubo pasó en Šćit las nevadas fueron escasas y cortas, el bosque se liberaba de la nieve en poco tiempo, desaparecía antes de recrear un ambiente de cuento. Fray

Ljubo se dirigió hacia las perreras de madera, que se encontraban en la parte trasera del monasterio. Hacía más frío de lo que esperaba. Ya le ardían las mejillas. Milo y Zele se pusieron a ladrar al reconocerle y él los acarició, les habló con cariño y besó sus hocicos húmedos solo para que dejaran de ladrar, para que no despertaran a todos los frailes y monjas, para que no abrieran las ventanas, se santiguaran y llamaran a través de la oscuridad y el viento, fray Ljuboooo, fray Ljubooooo, pobre de ti, vuelve, fray Ljubooo. Los dos perros liberados perforaban con alegría y tenacidad la nieve virgen intentando saltar alrededor del encorvado sacerdote, que pisaba sin vacilar, apoyándose en un palo de esquí, pero no podía seguir por mucho tiempo, no podrían hacerlo ni hombres más fuertes y resistentes que ese delgaducho joven de pulmones débiles, sus piernas se volverían cada vez más pesadas a medida que se fuera adentrando en el bosque susurrante, como si los grilletes se agrandaran con cada pisada en la nieve. Milo y Zele se iban quedando cada vez más rezagados, con la lengua fuera, su pelaje se volvía más pesado por la humedad que el viento les clavaba hasta las costillas, temblaban mientras lamían la nieve, ladraban de forma intermitente y ronca a fray Ljubo, aullaban, fray Ljubooo, ooooooo, Ljubooooo. Las perneras del pantalón, empapadas hasta más arriba de las rodillas, empezaban a congelarse, los pulmones le silbaban, el peso de la nieve quebraba las ramas, por el bosque resonaban disparos, como en 1942, como en 1992, y los lamentos, los ladridos de los perros abandonados, hasta que el hielo lo acabe clavando al tronco de un pino negro. Dos perros pastores asustados le lamerán largo tiempo los labios azulados y los ojos en blanco.

Dijana regresó a la sala de estar para decirle a Ruža que quería asearse. Ruža le contestó que había agua caliente, pero que no se entretuviera mucho.

—Llévate una vela y colócala en la ventana por si se vuelve a ir la luz —le dijo.

Dijana se llevó el bolso y una vela. Jadeó bajo el chorro ardiente que se deslizaba por los pechos hacia el vientre y los muslos. Los escalofríos recorrían sin parar su cuerpo. De repente sintió la necesidad de orinar. Pensó en hacerlo bajo la ducha, pero enseguida cambió de opinión. Cerró el grifo y pisó la toalla del suelo. Cruzó

los brazos sujetándose los pechos. A continuación sacó del bolso la cajita de cartón que contenía el test de embarazo. Había comprado dos por si acaso. Sin pensar se sentó encima de la taza, pero se volvió a poner de pie como un resorte al sentir el contacto de la piel mojada con el plástico. Cubrió el asiento con papel de váter y se sentó de nuevo con más cuidado. Las gotas de orina lo salpicaban todo, su pulgar e índice, la parte interna de sus muslos, los hilos calientes se le pegaban a la piel antes de alcanzar sus redondas pantorrillas.

El sonido y la vibración del móvil sobre la superficie de vidrio de la mesita de centro sacaron a Marko de su aturdimiento. Era Sten, del restaurante. Miró el reloj: se había quedado dormido tan solo un cuarto de hora, aunque se sentía como si hubieran pasado varias horas. Contestó. Sin preámbulos, Sten le dijo que le había llamado Zrinka, la mujer de Žare, diciendo que la había llamado el doctor Jurić. Žare había empeorado de repente, había sufrido una hemorragia, en todo caso Marko debía salir disparado al hospital e informarle a Sten de lo que estaba ocurriendo y de lo que decía el médico. Marko no tuvo tiempo de ofrecer resistencia.

Se levantó y miró por la ventana. El barrio de Trešnjevka estaba rojiblanco y remojado. Encendió un cigarrillo. Le entraron ganas de olvidarse de la llamada de Sten, apagar el móvil y meterse en la cama. De todas formas Martina se había olvidado de él. Le daba vergüenza su papel de chico para todo que va informando a pie de campo, le daba vergüenza pese a que su trabajo era ese. Necesitaba tan solo un abrazo de Dijana, su mano sobre su vientre, sus labios en su hombro. El calor y el sueño. La sensación de que todo iría bien.

Esta vez esperó el taxi unos veinte minutos largos. Mientras tanto Sten le llamó dos veces más. La noche iba cogiendo fuerza. La ciudad de Zagreb vibraba en alguna parte, en sus márgenes, en los agujeros que nadie veía, en el sudor y el alcohol, las insinuaciones sexuales, los primeros roces casuales, en las discusiones de los amantes, las peleas sangrientas entre los mejores amigos, en las habitaciones de las residencias estudiantiles y los bares cercanos en los que se reunía la juventud de provincias, en los portazos en las casas de la parte alta de la ciudad. El ritmo de la ciudad llegaba al asiento de atrás del taxi a través de la voz ronca que desde la

centralita enumeraba los nombres de las calles y barrios.

—Me voy a encender un cigarrillo, si no le importa —le dijo el taxista—. Usted también puede hacerlo, pero abra un poco la ventanilla.

Marko aceptó la oferta.

—Llevo una carrera tras otra y dos horas sin fumar —dijo el hombre de mediana edad. Encendió el cigarrillo y volvió a fijar la mirada en la luna delantera. Marko ya estaba dando la segunda calada a su cigarrillo.

—¿Cómo es que va al hospital tan tarde? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí… Es una larga historia…

Dentro del coche cada vez hacía más frío. De manera coordinada apuraron el cigarrillo con caladas rápidas, lanzaron las brasas rojas a la noche mojada y subieron las ventanillas. Se quedaron callados hasta llegar al hospital. El teléfono de Marko volvió a sonar mientras subía las escaleras en dirección al departamento de cardiocirugía. Era Sten de nuevo.

—¿Estás allí? —le preguntó.

—Sí, acabo de llegar… Todavía no he encontrado al médico. De hecho no sé ni dónde buscarlo.

—Supongo que la operación aún no ha terminado. Espérale delante del quirófano.

—¿Su mujer no vendrá?

—No. Tú me llamarás a mí y yo a ella. O ella llamará al doctor, no lo sé. Tú llámame a mí.

—De acuerdo.

—Mañana, en todo caso, no abrimos.

—Bien hecho.

Una enfermera muy alta que rondaba los cuarenta cruzó el largo pasillo despacio. Su rostro denotaba despreocupación. Sin un ápice de vergüenza, Marko se volvió para mirarla mientras se contoneaba y sus rizos saltaban sobre los hombros. Mantuvo su mirada clavada durante una eternidad. Ella parecía no querer irse. No tenía confianza para nada más, excepto para esa mirada congelada, libre del miedo de que alguien pudiera asistir a ese brote de primitivismo masculino. Además pensó que en aquella especie de limbo y en esa situación bastante denigrante tenía derecho a hacerlo. Luego durante un tiempo no vio a nadie ni oyó nada. Aquello podía

alargarse horas. ¿Había finalizado la operación y el doctor Jurić había salido por otra puerta? Odiaba las esperas. Cuando trabajaba como periodista rehuía las tareas que conllevaban una larga espera de horas mientras no concluía una reunión importante, tras la que había que tirarle a la gente de la manga y pedirle alguna declaración. Ahora esperaba como asistente de cocina.

Sacó el móvil y llamó a Sten. Le dijo que no había ni un alma, que el doctor no aparecía, que no sabía qué hacer. No podía pasar así toda la noche, no tenía sentido.

—Estaré allí en quince minutos —le dijo Sten— y entonces podrás irte.

—¡Genial! Oye, si puedes tráeme mi chaqueta, por favor. Está en alguna parte del guardarropía.

Era su única chaqueta que abrigaba de verdad. En efecto, Sten llegó al cabo de quince minutos, pero se había olvidado de la chaqueta. Marko llamó al taxi mientras abandonaba el desértico hospital. La línea se obstinaba en estar ocupada y él se obstinaba todavía más en seguir llamando. Se sentía cada vez más indefenso. Ocupado, ocupado, ocupado… Sus suelas chapotearon mientras caminaba junto a unas casas unifamiliares en cuyas vallas colgaban rótulos que decían «Cuidado con el perro» o «Perro peligroso». Hundió la cabeza en el cuello y las manos en los bolsillos de la chaqueta tres cuartos, más adecuada para la primavera que para una temperatura que de manera imparable labraba las heladas. El cigarrillo entre sus labios humeaba poco, pero no iba a sacar las manos de los bolsillos. Un taxi se dirigía hacia él, así que escupió la colilla, se acercó más a la calzada y alzó la mano. Tenía la esperanza de que el conductor se apiadara de él. Ni siquiera le miró. Marko sacó el móvil para llamar de nuevo a un taxi, pero en la pantalla había un mensaje de Martina que no había oído: «Estás muy jodido. Pero me gustas». Su rostro se iluminó, aunque primero llamó al taxi. La línea seguía ocupada. Guardó el móvil en el bolsillo y siguió caminando. Se sentía halagado por las palabras del mensaje de Martina. Le gustaba esa imagen de sí mismo. Le encantaba cuando podía pensar tranquilamente una respuesta. Sacó dos veces el móvil, empezó a escribir, luego borró lo que había escrito y desistió. No estaba contento, no sabía qué actitud adoptar, porque en realidad no sabía lo que quería. Se sentía seducido, ese

juego siempre le atraía, despertaba en él un extraño entusiasmo caprichoso y alimentaba su autoestima, le ayudaba a sobrellevar la congoja y el desánimo. Creía que, a pesar de todo, en ello había al menos tanta sutileza y ternura como para poder evitar reducirlo a unas emociones básicas, como el egoísmo y la vanidad. «Tú también me gustas», le escribió al fin. A sus espaldas oyó cómo llegaba el tranvía. Corrió para alcanzarlo y saltó a su interior semivacío y caliente. Le dolía la mandíbula por el esfuerzo de contener el temblor y castañeteo de sus dientes. Las imágenes húmedas se sucedían por la calle Vlaska. No paraba de mirar el móvil a la espera del mensaje de Martina.

Cuando Dijana regresó del cuarto de baño a la sala de estar encontró sentadas a la mesa a Ruža y Anka. Interrumpieron su conversación al oír que la puerta se abría. Se sentó a la mesa y miró a una y después a la otra. Se dio cuenta de que las había interrumpido. Les sonreía, pero Ruža y Anka seguían como petrificadas. Dijana buscó de nuevo un cigarrillo.

—¿Por qué le has dicho lo de los correos? —le preguntó Anka sin levantar la mirada del mantel.

—Porque opino que ese no puede ser un asunto únicamente tuyo —dijo Dijana—. Se menciona a once personas enterradas, os rompen la ventana, ese hombre desaparece… No es un juego de niños.

—No sabemos si nos rompieron la ventana por eso o porque ella no ha dejado de visitar todos los cementerios. Esto no lo sabemos —concluyó con autoridad Ruža—. Tampoco sabemos si hay alguien enterrado en ese lugar en el bosquecillo. No sé ni cómo lo podemos descubrir, a no ser que nos pongamos a cavar cuando la nieve se deshaga. Y si hay alguien enterrado no sabemos quién es, ni cuándo ocurrió, ni cómo… Tan solo podemos olvidarlo, como si no hubiera ocurrido nada…

—¿Aunque allí quizás haya alguien enterrado? —apuntó Dijana con cuidado.

—Eso no es justo, no es justo… —Ruža no pudo reprimir el llanto. Hablaba entre gemidos. Dijana le cogió la mano—. Somos pobres y humildes… Que nos dejen vivir tranquilamente, nada más… No es asunto nuestro investigar dónde hay alguien enterrado. Basta de eso… Parece que nunca vaya a terminar esta pesadilla ni el

miedo a que sucedan cosas peores…

—Cálmese, cálmese, no quería decir nada malo… Perdone… Cálmese, por favor —le suplicó Dijana acariciándole la mano—. No sé, supongo que me asusté demasiado… Lo siento. Seguro que usted lo sabe mejor…

Ruža se secó las lágrimas con las palmas de las manos. Anka permaneció callada y con la mirada imperturbable. En las casas que se vislumbraban por las ventanas del comedor las luces estaban apagadas. Solo había un par de puntos en los que parpadeaba la luz azulada de los televisores. El invierno estaba resultando largo y duro, se habían contado y repetido varias veces las mismas historias, se habían agotado los cotilleos y las discusiones, todos se habían hartado los unos de los otros, entre parientes también estaban hartos los unos de los otros, y ahora esperaban impacientes a que asomara el primer sol de la primavera para que cada uno se fuera por su camino.

—Anka, te lo ruego como se ruega a Dios… ¡No vuelvas a ir a ese lugar y no vuelvas a los cementerios! Te lo suplico… Para que recuperemos un poco de tranquilidad —dijo Ruža.

Anka seguía callada.

—Esto no nos lleva a ninguna parte, hija mía… Déjalo estar, tampoco nos hace falta el dinero. El abuelo te lo dará… No tiene ningún sentido, ya lo ves… Y no te quedes ahí callada, siempre os quedáis callados, los dos habéis salido a Iko. ¡Di algo!

—No puedo dejar de trabajar —dijo Anka en voz baja—. No puedo por todas esas personas —continuó—. Y por la gente. Todos pensarán que soy una cobarde…

—Y lo que piensan ahora de ti y de nosotros, ¡¿eso no te importa?!

—…

—Cobarde, traidora… ¡Vaya gran diferencia!

—Sí que hay diferencia —masculló Anka.

—¿Y por qué no puedes llevar una vida normal, hija mía? ¿Por qué hay que ser un héroe o un cobarde? ¿O un traidor? ¿Por qué no se puede vivir como una persona normal? ¿Adónde lleva todo eso?

—Estoy contenta con lo que hago —dijo Anka al cabo de medio minuto—, me hace feliz. Por fin hago algo bueno. Pero veo que eso no importa…

—Eso importa si tú solo miras por ti. Si no ves más allá…

—Está siendo dura… —se le escapó a Dijana.

—¿Puedo irme? —preguntó Anka poniéndose de pie. Se fue sin esperar el permiso. No podía aguantar ni un momento más el martirio no pronunciado de su madre, el sufrimiento y el sacrificio y todo lo que ello suponía, la madre siempre se limitaba a callar y dejar que las cosas siguieran su curso, nadie podía decirle nunca nada, ese papel ya lo había hecho suyo, había creado un mundo en el cual solo eso tenía sentido, porque le suponía una protección, por pequeña que fuera. Estaba demasiado cansada como para hacer otra cosa. Anka se fue a su habitación para no hablar, para morder la almohada, sus acusaciones, el desdén y la rabia. Abrió la ventana de par en par. El viento amainaba.

Dijana y Ruža se quedaron calladas hasta que el silencio se volvió incómodo y le dijo:

—No le cuentes nada de esto a Marko, por favor, no lo hagas…

—No, pero…

—¡No le cuentes nada!

Dijana asintió con la cabeza. Deseó olvidar que Anka le había enseñado esos correos electrónicos y que le había dicho a Ruža lo que había visto. Tenía suficiente con su propia carga. Ojalá pudiera conciliar el sueño, a la mañana siguiente lo vería todo más claro, se apreciarían mejor los finos contornos de las soluciones sencillas. Sin embargo, ahora no podía levantarse y meterse bajo el edredón, taparse hasta la cabeza, esconderse.

—¿A qué se dedican tus padres? —preguntó Ruža, pues no quería que se fueran a dormir inmersas en ese silencio de plomo.

—Están jubilados… Mi madre trabajaba en Hacienda y mi padre era profesor en la Academia de las Artes, es pintor. Aunque lleva tiempo sin pintar.

—¿Y por qué no pinta?

—No sé, dice que no puede. No sabe qué pintar…

—Tienes un hermano y una hermana, ¿verdad? Marko nunca cuenta nada…

—Mi hermano es mayor que yo, tiene familia, un niño. Mi hermana también está casada, todavía no tienen hijos.

—¿Trabajan? —preguntó Ruža, aunque en realidad no le interesaba nada de eso, solo quería lavarse la amargura por lo que

había dicho antes.

—Mi hermano trabaja en el Ministerio de Agricultura, mi hermana está sin trabajo. Estudió teatro. Aunque su marido tiene una empresa que va muy bien.

—¿Todos vivís en Zagreb?

—Sí.

—Eso está bien. Así en la distancia… Es verdad que tenemos el teléfono, pero no es lo mismo.

—¿Y por qué va usted tan poco a Zagreb?

—Yo ya no puedo viajar. Nunca ha sido lo mío. Además están los abuelos…

De nuevo sonó el teléfono en el bolso de Dijana. En la pantallita vio que llamaba fray Ljubo. Lo silenció y lo devolvió al bolso, ya lo llamaría más tarde. Fray Ignacije Kolakušić, guardián del monasterio de Šćit, despegó el móvil de la oreja solo cuando dejó de sonar en el vacío. Se lo guardó en el bolsillo y salió de la celda de fray Ljubo. Todo el monasterio estaba despierto. Las luces de las celdas estaban encendidas, los soñolientos frailes se habían reunido en el pasillo, las monjas desfilaban de arriba abajo preocupadas, todos esperaban a que fray Ignacije decidiera qué hacer. Tan solo a fray Ivo Džalta no le despertó nadie, tampoco le llegó el vocerío del monasterio y las pisadas sobre las losas de piedra de los anchos pasillos.

—¿Cómo le va a Marko en el nuevo trabajo? —le preguntó Ruža a Dijana después de que el móvil dejara de sonar en su bolso.

En ese momento Dijana no supo decidirse entre ser sincera o leal a Marko.

—Le va bien, trabaja, cobra, pero creo que únicamente se trata de una fase por la que está pasando… No podrá aguantarlo por mucho tiempo.

—¿Y entonces qué es lo que hará?

En el tono de Ruža se mezclaban la preocupación y el enfado.

—Ya le saldrá algo… Quizás podría volver a buscar trabajo en la prensa, es decir, como periodista, pero no quiere. Le repugna. Igual se le pasa… Una lástima, es un buen periodista.

—¿De dónde sacó eso de la cocina? Si hubiera sido cualquier otra cosa, pero eso… No lo entenderé nunca.

—Ah… Ya se le pasará. Creo que ya ha comprendido que no es

para él. Le llevará un tiempo reconocerlo.

—Siempre va a la suya, no consulta nada con nadie ni lo habla, toma las decisiones sin reflexionar y a ver qué ocurre. Así las cosas nunca salen bien…

—…

—Tú eres la que más le puede ayudar… No le dejes, no ahora, por favor.

Dijana se sonrojó. Suponía que debía decir rápidamente que no, que no le dejaría, pero sus cuerdas vocales se negaron a vibrar. La asustó tener que prometerlo. Demasiadas veces durante ese año y medio habían estado a punto de romper, cansados y agotados por la rabia y la desesperación, como después de una derrota. Nunca había pensado realmente que estuvieran a punto de romper, el final no podía ser así, pero no podía liberarse de la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies, y de que tras muchas falsas alarmas un día la tierra se abriría realmente bajo sus pies.

—Todo irá bien, no se preocupe —dijo Dijana.

Con una linterna en la mano, Fray Ignacije, acompañado de dos frailes más jóvenes, fray Vjeko y fray Dominik, seguía las huellas de fray Ljubo y de los perros en la nieve, ya cubiertas por una fina película de hielo. Al cabo de cada treinta pasos dificultosos fray Ignacije se detenía, ponía los brazos en jarras y se volvía en dirección a la iglesia iluminada. «Lo más sensato sería dar media vuelta —pensaba en esos momentos—, quién sabía hasta dónde había llegado el infeliz de fray Ljubo, no iba a conducirlos a él y a esos dos jóvenes a una muerte helada, eso no tenía ningún sentido, era un suicidio». Sin embargo, después siguió avanzando, treinta pasos más hacia la oscuridad y el bosque. Fray Dominik se atrevió a insinuarle al guardián que seguir resultaría mortal y que debían regresar y retomar la búsqueda al alba. Fray Vjeko añadió que los lobos solían bajar hasta allí.

—Sigamos un poco más… —la voz de fray Ignacije no denotaba convencimiento, pero seguía andando.

Dijana dijo que se fumaría otro cigarrillo y se iría a dormir. Estaba cansada del viaje y del frío, de las conversaciones telefónicas y de los cambios de humor ajenos. Recordó que debía llamar a fray Ljubo, pero aplazó la llamada para más tarde. Le llamaría una vez acostada y cuando hubiera entrado en calor bajo el edredón, igual

que a Marko. Ruža abrió las ventanas y la habitación se llenó rápidamente de un aire helado que arrastraba un copo de nieve huérfano.

—¿Y cómo le va todo? ¿Cómo se las arregla? —preguntó Dijana entre calada y calada.

—¿A mí? —dijo volviéndose Ruža, que se había asomado por la ventana para respirar el aire fresco—. Vivo como me ha tocado. No he podido hacer otra cosa. Y ahora tampoco puedo. La gente corriente, creo yo, no podemos hacer nada más que vivir la vida que nos ha tocado.

—¿Cómo están de salud el abuelo y la tía Luca?

—Bien… Pero eso tampoco será para siempre.

Empezó a notarse el frío. Dijana se frotaba los brazos mientras el cigarrillo humeaba débilmente entre sus labios.

Ruža cerró las ventanas.

—Te acompañaré arriba para cambiarte las sábanas —le dijo.

Los tres frailes volvían sobre sus propios pasos nevados. Regresaban al monasterio en silencio, como silenciosa se había vuelto la noche. El frío glacial no acallaba los lejanos y escasos aullidos de los lobos o de los helados perros de fray Ljubo. Fray Vjeko empezó a rezar casi en susurros. «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad…», aquí se sumó fray Dominik en un susurro parecido a un silbido, «en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal, amén». «Dios te salve, María, llena eres de gracia…», continuó enseguida fray Vjeko…

—¡Basta! —dijo cortante el guardián unos pasos por detrás de ellos—. ¡No quiero oír ni una palabra más! ¡A callar y a caminar!

Fray Vjeko y fray Dominik podían caminar más deprisa, pero se refrenaban para seguirle el paso al guardián, a quien le flaqueaban las piernas. Cada vez más a menudo se quedaba rezagado y se inclinaba hacia delante, con las manos sobre sus rodillas inestables.

—Fray Ignacije, ¿necesita usted ayuda? —le preguntó fray Vjeko.

—Camina y calla, fray Vjeko, camina y calla…

Por fin sonó el SMS de Martina: «El problema es que para ti es

suficiente con que yo te guste. Y para mí ahora no. Eres un caso raro. Quizás por eso me atraes, no veo otra razón».

¿Qué podía contestar a eso? No, no iba a discutir, porque no contaba con ningún argumento a su favor, y cuando llegara el turno de las preguntas acerca de los motivos y las intenciones últimas, no le quedaría otro remedio que actuar como un niño y rogarle, con miradas, gestos y palabras, que comprendiera su debilidad y egoísmo. O, si veía que de esa manera no conseguía el efecto deseado, se replegaría en su egoísmo ofendido, en la reserva y en un fatalismo patético. El tranvía se iba llenando cada vez más a medida que se iba acercando a la plaza mayor, y allí se llenó aún más. Era casi medianoche. Aquel tranvía era el último para quienes no habían encontrado una buena razón para ya de madrugada apañárselas para alcanzar sus frías almohadas. Viajaban en silencio. Cada uno ocupado con su móvil. Marko recibió un nuevo SMS de Martina: «Ahora, por supuesto, te haces el ofendido. Aunque eres tú quien me humilla y me toma el pelo. Resultas repugnante cuando te haces el ofendido, ¿lo sabías?». Respondió enseguida: «Lo sé». Martina: «¿Alguna vez dejarás de hacerlo?». Marko: «Sí». El tranvía continuaba llenándose con los tempranos perdedores de la noche. Entró un hombre de unos cincuenta años vestido con un traje color caqui y encorbatado, llevaba una cartera de piel negra colgando del hombro. Cuando el tranvía se puso en marcha apenas mantuvo el equilibrio. Se asustó. Se sentó, sacó un cigarrillo, lo colocó entre sus pesados labios y lo encendió. Volvió en sí. Pronto su barbilla cayó sobre su pecho y el cigarrillo humeó entre sus dedos índice y medio bien apretados, como si exprimiera el humo del filtro aprisionado. Martina: «Si no te entendiera pensaría que eres una mierda de persona». Le contestó rápidamente: «¿Y qué es lo que entiendes?». Tras unos tres o cuatro minutos, mientras el tranvía se deslizaba hacia la parada en la que Marko se iba a bajar, Martina escribió: «Estaré en casa en quince minutos, llámame si quieres».

Para recorrer la distancia entre la parada del tranvía y su piso empleaba el tiempo exacto de fumarse un cigarrillo. Al llegar se descalzó y se puso un chándal de algodón. Encendió el televisor y se sentó en el sofá con el móvil en una mano y el mando a distancia en la otra. En la primera cadena empezaba una película americana de terror barato, en la segunda emitían unos clips de música nacional

de orientación patriótica y en la tercera una película rusa en blanco y negro. Bajó el sonido y se empezó a liar un canuto. No se le daba nada bien. Sus canutos siempre tenían algún defecto. O eran inestables cual puente colgante de madera o se abrían por las juntas debido a la falta de saliva y por haber apretado demasiado la mezcla con la punta roma de un lápiz. O simplemente eran feos como los ladrones de cine, a diferencia de los guaperas de Dijana, esbeltos y firmes como un minarete. Dio la primera calada y marcó el número de Martina. Sonó una vez, dos, tres, cuatro veces y colgó. No había tenido tiempo para pensar todas las posibles razones por las que no le contestaba, cuando Martina ya le estaba llamando.

—Perdona, había mucho ruido, tenía que salir fuera —le dijo al contestar—. ¿Estás en casa?

—Sí. Tú, por lo que oigo, no.

—No contestaste mi mensaje, así que me he quedado para tomar una última copa.

—De acuerdo, entonces nada, disfruta de tu copa.

—¿No te irás a dormir? Te llamaré en cuanto llegue a casa.

—No pensaba quedarme despierto hasta las cinco…

—No tardaré en ir a casa.

—Vale —dijo Marko.

El canuto empezó a hacer efecto. Se fundió con el respaldo del sofá y fue cambiando de canal sin ninguna finalidad.

Fray Ignacije sacó de su bolsillo el móvil de fray Ljubo y volvió a marcar el número de Dijana Lovrić. Fray Dominik y fray Vjeko se detuvieron al darse cuenta de que el guardián agotado se había detenido para telefonear. Dijana y Ruža estaban colocando la sábana en la cama de matrimonio, que ocupaba dos tercios de la fría habitación. Un gran armario marrón ocupaba toda la pared. También había una mesa blanca de madera con espejo y lámpara y una silla de madera. Metieron las almohadas en las fundas, cuyas esquinas crujieron al rellenarse. Dijana había dejado el bolso con el móvil silenciado en el suelo junto a la pata de la silla, así que tampoco oyó la segunda llamada de fray Ignacije desde el móvil de fray Ljubo.

Fray Ignacije había terminado por enfadarse, aunque debía tener en cuenta que ya era tarde, que ella había viajado todo el día con temporal; quizá simplemente estaba durmiendo y no le oía. La fila

india de los tres frailes, inclinada cual rama en la que se había ido acumulando la nieve, descendía hacia la tranquilizadora luz que manaba de las aberturas del monasterio. En el comedor los recibieron todos los frailes y monjas, a excepción de fray Ivo, que dormía. Estaban sentados a la mesa, esperando a que el guardián les comunicara qué había pasado con fray Ljubo.

—No hemos dado con él —dijo fray Ignacije con voz de cansancio—. Parece que se adentró mucho en el bosque, no hemos podido seguir…

—Hemos llamado a la policía, a los bomberos, incluso al ejército —añadió el capellán fray Bono Tomašević—. Pero todos nos dicen que ahora es imposible hacer nada. Mañana organizarán la búsqueda si fray Ljubo no ha aparecido.

—Ahora, con la ayuda de Dios, vamos a dormir. Mañana ya veremos lo que hacemos —sugirió el guardián y los presentes empezaron a levantarse obedientemente y a dispersarse en dirección a sus celdas. Fray Ignacije se asomó primero a la celda de fray Ljubo. Nunca admitiría que albergaba la esperanza de ver por la rendija de la puerta entornada a fray Ljubo en su cama. Entró y dejó el móvil en el mismo lugar en el que lo había cogido. Abrió el armario y lo cerró enseguida, como si se hubiera equivocado. Luego salió. Una tras otra se fueron apagando las bombillas desnudas de las celdas del monasterio.

Mientras Dijana se desvestía, Ruža había bajado y regresó al dormitorio sin aliento con la gran bolsa de deportes que se había quedado en el pasillo. Dijana sacó enseguida un pijama lila, se lo puso a toda prisa, sacó el móvil de su bolso y se metió bajo la manta y el edredón. Tapada hasta las orejas y con los dientes castañeteando miraba a Ruža con ojos de ternero.

—Buenas noches —dijo Ruža.

—Buenas noches —apenas fue capaz de pronunciar Dijana.

Cuando la puerta se cerró, se arropó por encima de la cabeza y se acurrucó. Sintió el calor que se iba extendiendo. Los músculos se le iban relajando. Tan solo las plantas de los pies y la nariz seguían insensibles al deshielo. Frotó una planta contra la otra y luego la planta contra la pantorrilla. Se destapó hasta los ojos y sacó la mano únicamente para alcanzar el móvil que estaba junto a la almohada. Tenía dos llamadas perdidas de fray Ljubo. Volvió a

sumergirse en la oscuridad y llamó al joven sacerdote. Este no contestó. Pensó que era tarde. Nada más soltar el teléfono sobre el colchón se iluminó la pantallita. Marko. Le dijo que estaba en la cama bajo el edredón. Él le contó que mientras tanto había tenido que ir de nuevo al hospital. Aún no se sabía nada. Seguramente esa noche Sten ya no le llamaría. El restaurante mañana no abriría.

—¿Qué tal te ha ido por allí?

—Bien, todo bien. De hecho son geniales. Me han salvado.

—¿Qué has decidido con lo del libro?

—Ya veré. Tengo que hablar con Jakov y tal vez con fray Ignacije. Veremos. —No tenía ganas de hablar de ese tema.

—Como tú veas…

—¿Te puedo preguntar algo otra vez?

—Claro que sí, pregunta… —contestó confundido.

—¿Te has sentido aliviado cuando te he dicho que no estaba embarazada? ¡Dime la verdad! No me enfadaré me digas lo que me digas, créeme…

—Estoy colocado, Dijana… Ahora no tiene sentido hablar de eso. No es tan sencillo decirte si me he sentido aliviado o no.

—Creo que solo estás evitando responderme —dijo Dijana, y la interrumpió un fuerte golpeteo en la puerta—. Espera, alguien está llamando…

Sacó la cabeza al aire y la luz. El móvil permaneció en su mano bajo el edredón.

—¿Sí? —preguntó en dirección a la puerta.

—Soy yo… Anka.

—¡Entra! —dijo Dijana en voz alta y volvió a acercarse el móvil a la oreja—. Oye, es Anka —le dijo a Marko—, hablemos mañana por la mañana. Ve a dormir.

—Te echo de menos —dijo él, pero Dijana ya había colgado y observaba sin decir palabra a Anka, que se había quedado pegada a la puerta.

—¿Qué haces ahí parada? Siéntate —la invitó Dijana y se irguió un poco en la cama.

Anka se acercó y tomó asiento. Inspiró profundamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dijana.

—No le enseñé esos correos electrónicos a mi madre porque pensé que quizás los había enviado mi padre. Por alguna razón fue

una idea que me vino a la mente enseguida y no he podido librarme de ella. No estoy segura, aunque supongo que por ello llevé finalmente las flores a ese lugar en el bosquecillo. No puedo dejar de pensar en esa posibilidad —recitó de corrido Anka como si hubiera estado ensayando un texto. La lámpara de la mesita dibujaba su perfil derecho. Las manos descansaban sobre sus rodillas.

—Espera, Anka, espera… Despacio —dijo Dijana, y se irguió todavía más en la cama y se acomodó la almohada—. Espera… ¿De dónde sale esa idea de que podría ser él?

Anka le contó que el primer pensamiento le vino al ver la firma, una K. de Kelava, y esa sospecha después se fue acrecentando y reforzando. Su padre participó en la guerra desde el primer hasta el último día, estuvo en todas partes, vio de todo, tuvo que hacerlo, tuvo que exhibirse ante la ciudad, por lo de su pertenencia al Partido y la fotografía de Tito en la pared, ser siempre el primero donde más difícil resultaba, estar siempre dispuesto y despierto, ser obediente y ordenado, pero aun así estuvo siempre expuesto a la desconfianza y la silenciosa vigilancia de los creyentes de verdad, hasta ayer mismo taberneros, dueños de las casas de cambio ilegales, colaboracionistas y soplones de la policía secreta comunista, ladrones de coches, hasta ayer mismo emigrantes políticos que trabajaban en negro como porteros en los clubs nocturnos de Fráncfort. Como por arte de magia, la ambición de ser diferente, de vivir su propia vida, se esfumó en Iko Kelava. Como una *matrioska* se había desmontado a sí mismo para llegar a ser tan pequeño como la última de las muñecas, para encajar en la masa uniforme, para pertenecer al grupo, porque durante la guerra tan solo pertenecer al grupo garantiza una aparente protección e Iko no estaba solo, sino que tenía mujer, dos hijos, un padre y una tía. Quién sabe a qué pudieron obligarle para poner a prueba su pertenencia y lealtad. No habría rechazado nada, sabía qué se estaba jugando. Simplemente podía haber ocurrido que por casualidad hubiera visto de todo y quedado prisionero de ello para siempre. Porque de la guerra volvió otro Iko: no, no completamente diferente, pero sí más pequeño y asustadizo. Trabajaba en una constructora a punto de hundirse, pero se encerró en sí mismo y se adaptó. Tampoco opuso resistencia al pillaje en la empresa. Iba a la

oficina, observaba cómo robaban, hasta que un día el conserje le dijo que ya no había ni despacho ni empresa.

—¿Tú realmente crees que tu padre es tan malvado como para después de todo meterte en estos líos? —le preguntó Dijana.

—Me conoce, sabía que yo lo haría, como si a él le preocuparan nuestros problemas. ¿Ha dado muestras alguna vez de preocuparse?

—Eso no resulta suficiente para llegar a la conclusión de que se trata de él. Todo esto son suposiciones tuyas… Para cambiar tampoco es necesario que durante la guerra hiciera o asistiera a algo terrible. Cada uno es diferente.

—Son demasiadas coincidencias, incluso el hecho de que ahora otra vez ha dejado de llamarme. Esa es otra señal.

—Sí, y cuanto más tiempo pase más cosas encajarán y más señales aparecerán. Lo mejor es que te olvides de todo esto, a no ser que quieras poner una denuncia. No tiene sentido que cargues con todos estos pensamientos.

—No puedo pensar en otra cosa… Cada quince minutos compruebo el correo. Debes pensar que estoy loca. Pero se trata de personas, quizás de ciertas personas. Y quizás se trate de mi padre.

—Pero todo son suposiciones… Ya se sabría que en algún lugar se había matado a tanta gente, alguien los buscaría, alguien investigaría, algo se sabría ya, ha pasado mucho tiempo…

—¿Puedo meterme contigo en la cama? Tengo un poco de frío…

A Dijana la sorprendió aquella repentina petición.

—No si te molesta. Así podemos seguir hablando un rato más…

—Métete, no pasa nada…

Anka se desvistió dando saltitos, a continuación apagó la lamparita y se metió en la cama. Instintivamente se pegó al cuerpo caliente de Dijana y colocó la fría palma de la mano sobre su vientre.

—Perdona, solo hasta que entre en calor —dijo Anka castañeteando.

—¿Habías dormido alguna vez en esta cama?

—Hace mucho tiempo…

—¿Con tus padres?

—Sí… Hace mucho… Me asustó algo que soñé…

A Marko se le cerraban los párpados frente a las largas secuencias. La copa de Martina se alargaba. Cogió el móvil para

enviarle un mensaje patético, pero justo en ese momento llegó un mensaje. No de Martina, sino de Sten: «Saldrá de esta». No contestó. «Que duermas bien, un beso», le escribió a Martina, apagó el móvil y se arrastró hasta el dormitorio.

De repente desde fuera empezaron a llegar unos sonidos que ni Anka ni Dijana pudieron reconocer en un primer momento. Dijana estaba echada de costado dándole la espalda a Anka, cuyos ojos abiertos de par en par miraban fijamente el vacío del techo. El sonido de arrancar y rasgar no cesaba. Dijana comprendió que Anka también contenía la respiración para oír mejor.

—¿Qué es eso? —preguntó Dijana poniéndose boca arriba.

Anka seguía escuchando atentamente.

—No lo sé —dijo y se deslizó por debajo del edredón. En un instante alcanzó la ventana, la abrió y se asomó. La ventana de la derecha estaba abierta. Luca arrancaba pacientemente las páginas de sus cuadernos y las lanzaba fuera, hacia la oscuridad. Hoja tras hoja dejaba que estas volaran mecidas por la ligera brisa. Anka miraba sin decir palabra. Dijana se colocó a su lado. La vieja ni se inmutó. Arrancaba las páginas y tranquilamente soltaba las bandadas de pájaros por la ventana. Los pájaros de Luca Meštrović volaron justo lo necesario para que su fe revoloteara hacia el milagro.

IVICA DJIKIĆ (Tomislavgrad, Bosnia-Herzegovina, 1977) es una de las voces más originales de la nueva literatura balcánica. Periodista desde los diecinueve años, ha sido durante muchos años redactor y coeditor del célebre periódico político-satírico *Feral Tribune*, galardonado con varios premios internacionales por su independencia y actitud crítica frente al gobierno de Croacia durante la guerra de los Balcanes.

Debutó como escritor con *Cirkus Columbia*, novela que obtuvo en 2004 el prestigioso premio Selimović a la mejor obra de ficción de Croacia, Serbia y Bosnia-Herzegovina, y fue adaptada al cine por Danis Tanović en 2010. Es además autor de las novelas *Soñé con elefantes* (premio Hrvatski Telekom a la mejor novela publicada en 2011 en Croacia) y *La repetición*, y de dos polémicas biografías: la del expresidente de Croacia Stipe Mesić y la del general Ante Gotovina, recientemente absuelto de crímenes de guerra y contra la humanidad por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia.

Actualmente vive en Zagreb y es redactor jefe del semanario de la comunidad serbia en Croacia *Novosti*.

Notas

[1] Fascistas croatas. (*N. del E.*) <<

[2] Nacionalistas radicales serbios. (*N. del E.*) <<